

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

AÑO I



MADRID, SÁBADO 15 DICIEMBRE 1917



NÚM. 2

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

BÉLGICA

AL iniciar en esta REVISTA una reseña rápida del estado actual de la literatura en los principales países del mundo, no pretendemos seguir un orden de importancia, que nos llevaría muy lejos, dando un carácter de sistematización a estas breves notas, que los estudiosos se encargarán de comprobar y completar por sí mismos. Teniéndolo en cuenta, a nadie le extrañará que comencemos por Bélgica, el pequeño país, antes industrioso y apacible, hacia el cual se han vuelto, desde que la guerra se desencadenó, las miradas del mundo entero.

¿Tiene Bélgica una literatura propia? Todos hemos oído el nombre, por lo menos, de algunos grandes escritores belgas contemporáneos: quizá el de Verhaeren, de seguro el de Maeterlinck. Ambos han escrito siempre en francés, y están incorporados a la literatura francesa. No en francés, sino en flamenco, lengua germánica derivada del sajón, han escrito sus obras poetas menos conocidos para nosotros, pero altamente interesantes: Guido Gezelle y Pol de Mont. Se expresa, pues, literariamente, Bélgica, en dos idiomas distintos, en francés y en flamenco, sin hacer caso de alguna rama dialectal. Los que usan el idioma flamenco, que sólo tiene diferencias accidentales con el holandés actual, se cuentan entre los escritores de Holanda. Pero, tanto los unos como los otros, presentan algunas características nacionales, que, si no bastaran para dar aspecto propio a una literatura, siempre serían suficientes para constituir, dentro de las literaturas de los países mayores, una modalidad bien determinada.

Frente a la claridad y el orden de que la literatura francesa blasona en sus producciones sustantivas, está el ímpetu apasionado, la

expresión elíptica y tumultuosa, el gusto por el misterio, las fuerzas elementales dominándolo todo, en vez de la severa y fría razón, que caracterizan a los escritores belgas de expresión francesa; los que prefieren el flamenco, apenas se apartan de la corriente popular, ingenua, y suelen ser, con algunas excepciones muy importantes, los que representan, en su unión con los holandeses, el elemento católico y tradicional. Los que constituyen excepción, como librepensadores, se acercan aún más al movimiento literario holandés. A veces, las cualidades flamencas más características se dan en un escritor de idioma francés, como Max Elskamp, prestándole muy singular fisonomía.

Desde que, en 1830, quedó Bélgica separada de Holanda como Estado independiente, reconocido el francés como lengua oficial, comenzó la lucha de *flamingantes*, o partidarios del flamenco, y *fransquillones*, o partidarios del francés. No se limitaba su oposición a la cuestión del idioma. Aquéllos se acercaron a la cultura teutónica, así como sus adversarios inclinábanse a la cultura francesa; pero el más famoso novelista flamenco, Enrique Conscience (1812-1883), tuvo cuidado de exaltar en sus libros tanto a los flamencos como a los valones, alzándose entre unos y otros como patriota belga, que veía la unidad de la nación en la armonía de sus elementos constitutivos. Un poeta de importancia, romántico de pensamiento y de estilo, Carlos L. Ledeganck (1805-1847), ganó buena fama entre las clases acomodadas, bien distinta de la popularidad más profunda de otro poeta, el sacerdote Guido Gezelle (1830-1899), que estuvo en verdadero contacto con el alma del pueblo y cuyos versos, delicadísimos, de una técnica sutil nacida de su propia ma-

nera de ser, incorporan el alma misma de Flandes. Perseguido y obscurecido durante su vida, tiene tanto el hombre como el poeta semejanzas interesantes con Mosén Jacinto Verdaguer, el gran cantor de Cataluña.

Estos cuatro nombres son los que subsisten de cuantos escribieron en flamenco antes del movimiento que se originó en torno a la Universidad de Lovaina, por los alrededores de 1880. Hasta entonces, las letras francesas apenas dan entre los belgas más nombres de cierta importancia que los de Andrés Van Hasselt (1806-1874), poeta romántico; Octavio Pirmez, malogrado autor de libros filosóficos, algo semejantes al *Diario* del suizo Amiel, o a los recientes de Maeterlinck, y, sobre todo, el de Carlos de Coster (1827-1879), autor de *La leyenda y las Aventuras heroicas, regocijadas y gloriosas de Ulenspiegel* y de *Lamme Goedsak en el país de Flandes y fuera de él*, especie de epopeya novelesca, en que la raza flamenca se encarna en dos héroes populares, como el alma española en nuestro Quijote, y en que revive el rencor despertado por la dominación española. De Coster escribió otras leyendas flamencas, y prefirió, para expresarse, el francés antiguo, que había estudiado profundamente. Pasa hoy el *Ulenspiegel* por el libro más fuerte de Bélgica, aunque allí lo discutan y rechacen los católicos, por herético, y los *flamingantes*, por estar escrito en francés.

La gran Universidad Católica de Lovaina agrupó, hacia 1880, a unos cuantos jóvenes que habían de renovar la literatura de Bélgica con valores universales. Emilio Verhaeren (1855-1916), en francés, y Pol de Mont (n. en 1857), en flamenco, estaban llamados a gozar de reputación rápida y firme. Alrededor de ellos se formaron los escritores principales de uno y otro idioma.

Los de lengua francesa hallaron en el abogado Edmundo Picard un espíritu lleno de entusiasmo, y, más que un compañero, porque sus obras literarias son menos importantes que su influencia personal, un decidido propagandista y un mecenas. Un novelista, Camilo Lemonnier (1844-1913), partidario del naturalismo zolesco, de poderosa imaginación y descompuesto estilo, ganó fama con muchos libros, entre los que sobresale *Un macho* (1881). Tuvo que defenderse en multitud de procesos, y su nombre llegó a ser estandarte de lucha. Jorge Eckoud y Eugenio Demolder son novelistas de mérito; el primero, famoso también por algún ruidoso proceso, sin la intensidad y sin el arte del segundo, que en *El camino de Esmeralda* ha escrito una novela que tiene toda la magnificencia de los grandes cuadros de los pintores del siglo XVII. Más recientes son los nombres de otros novelistas: Franz Hellens, Luis Delattre, Jorge Garnir y Leopoldo Courouble, humorista éste que ha dado por primera vez realidad literaria a la clase media de Bruselas.

Un desgraciado accidente puso fin hace poco en la estación de Ruán a la vida de Emilio Verhaeren, el más alto poeta nacido en tierras de Bélgica. Desde sus primeras obras *Los flamencos*, *Los monjes*, en que retrata la vida

de los campos y de los claustros de aquel país de kermesses y heaterios, su obra es una perpetua ascensión. Después de una crisis de sufrimiento, reflejada en libros de un intenso y oscuro lirismo, le conmueven las preocupaciones sociales de nuestra época: *Las campañas alucinadas* y *Las ciudades tentaculares* son obras que entonces produce y cuyos títulos han pasado, como expresión de claras ideas, al lenguaje corriente. Elévase después a cantar las fuerzas que rigen al mundo, y a los grandes hombres de la Humanidad, cuyo espíritu domina la ceguedad de los impulsos tumultuosos; el hombre consciente de los recursos que tiene a su alcance, el hombre de hoy, es el héroe para Verhaeren.

A su lado Jorge Rodenbach (1855-1899), poeta de los canales de Brujas, y, como poeta y como novelista, enamorado del misterio de las habitaciones cerradas, de las existencias obscuras, de los amores de ensueño y de fiebre, y Carlos van Lerberghe (1861-1907), sutilísimo versificador de la *Canción de Eva* y dramaturgo de los presentimientos subconscientes en *Les Fleurs*, drama en un acto, anterior a los de Maeterlinck, merecen especial mención.

Mauricio Maeterlinck, nacido en Gante, en 1862, es uno de los grandes escritores contemporáneos. Más que sus versos, y más aún que sus dramas, en que el misterio es el alma de la acción, le han dado un público extenso y universal sus libros de filosofía, o mejor, de literatura filosófica, *El tesoro de los humildes*, *La sabiduría y el destino*, etc., en que deja libre su pensamiento idealista, inspirado en los místicos germánicos de la Edad Media, en románticos como Novalis, en Carlyle y en los prerrafaelistas ingleses. La influencia de estos últimos se siente mejor en sus dramas, en *Peleas y Melisenda*, por ejemplo, en *Monna Vanna*, que marcan, el primero, su más alta creación simbolista, y el segundo, una evolución hacia la vida y la pasión. Anteriores a ellos son esos breves dramas *Interior*, *La intrusa*, *Los ciegos*, de una novedad y una estilización admirables, y posterior, la "magia" titulada *El pájaro azul*, que ha recorrido en triunfo todos los escenarios de Europa. El premio Nobel que se le atribuyó hace pocos años vino a consagrar la fama de Maeterlinck.

Sólo podemos ya citar los nombres de los poetas Le Roy, Mockel, Fontainas, Elskamp, Braun, partidarios del verso libre, y los de Iwan Gilkin, Valerio Gille, Alberto Giraud, Fernando Sévérin, que se someten a la disciplina del verso clásico francés. Como autores dramáticos, algún interés tienen Spaak y Fonson, éste en el género cómico.

Pol de Mont es reconocidamente el poeta más alto de los que escriben en flamenco. De cultura esencialmente germánica, no ha cesado de dirigir sus esfuerzos en ese sentido. Su poesía tiene todas las cuerdas; pero le falta ese claro movimiento ascensional que se advierte en Verhaeren, o esa unidad perfecta que hay en la obra entera de Rodenbach. Otro Rodenbach, Alberto (1856-1880), que murió tuberculoso, fué hombre de grandes esperan-

zas. Victor de la Montagne, Edmundo van Offel, Victor de Meyere, Próspero van Langendock, Augusto Vermeylen y Carlos van de Woestijne son los poetas que hoy alcanzan más nombre y más lectores entre la población flamenca. Las más modernas tendencias literarias cuentan entre ellos con representantes. Pero la lengua popular se envanece con dos novelistas, Cirilo Buysse (n. en 1859) y Esteban Streuvels (n. en 1872), que tienen verdadero interés. La vida del pueblo les ha dado a los dos, temas y asuntos. Buysse es más literario; Streuvels, más humano. Este ha ejercido el oficio de panadero y se ha educado por su propio esfuerzo y voluntad. El otro

ha sido comerciante, y ha viajado por los mares. Tanto en Buysse como en Streuvels, el alma de Flandes palpita robusta y humana.

E. DIEZ-CANEDO

BIBLIOGRAFIA.—Hemos seguido en las líneas generales el único libro de conjunto que existe consagrado especialmente a la literatura belga, el de JETHRO BITHELL, *Contemporary Belgian Literature* (Londres, 1913). Puede verse además Albert Heumann, *Le Mouvement Littéraire Belge d'expression française* (Paris, 1913); Remy de Gourmont, *La Belgique littéraire* (Paris, 1913); A. Vermeylen, *La Poésie Flamande de 1880 a 1910* (Gante, 1912). Sobre los autores, en especial sobre Verhaeren y Maeterlinck, hay copiosas monografías.

ESTAMPAS DE LA CALLE

¡LA MISERIA, SEÑOR!

Más de una vez, yendo por los arrabales de Madrid, por las calles céntricas de las capitales provincianas, por sus aldeas y caminos, al ver a las mujeres ir con el cántaro en la cabeza, sueltas y gráciles, como gentiles canéforas, he pensado: he aquí una estampa bonita, pero triste. Mientras no desaparezca, España será un pueblo atrasado.

La mujer que lleva el cántaro a la cabeza, lleva otras veces el lebrillo, el cesto de ropa, el saco de patatas. Donde no hay carretilla o jumento, es la bestia de carga.

Ella, en fin, está ligada íntimamente a otras manifestaciones de la vida que hoy tienen ya por escenario único los pueblos de la cuenca mediterránea. Ella empareja con el hombre peludo y negro, tendido en la calle, al sol; con la mujer que peina y expurga a su cachorro en mitad de la calle, al sol; con la vecina que saca el anafe y adereza el puchero en el arroyo, al sol; con el que expone sus lacras a la piedad del viandante, en plena calle, al sol; con las gallinas picotonas y los perros famélicos que husmean en las basuras pestilentes; con los rapaces que abren las colillas y ponen a secar el tabaco; con los viejos de capas pardas remendadas de negro y zurcidas de rojo, que no tienen otro quehacer ni proyecto que el de rascarse, rascarse, rascarse eternamente.

Ella empareja con todo ese casco de población extática, dormida y hambrienta, pingajo social, del que—yo no sé cómo—se han ido desprendiendo los países que son gloria del hombre. Ella empareja... ella empareja con todo lo que es miseria, me decís. Lo sé. Con la terrible miseria, con la clásica miseria, con la castiza miseria.

Los artistas españoles han hecho de ella un tema pictórico frecuente; pero no han conseguido que sea tema de conversación. Y sospecho que no lo sea, por anticristianismo. Desde cierto punto de vista, es así. Son los cristianos, los protestantes, los que han resuelto la miseria mendicante. Tal vez la miseria tolerada aquí sea una manifestación anticristiana.

En el lenguaje corriente, la miseria es la miseria económica, la falta de dinero. Pero, ésta, es en el fondo el corolario de las dos grandes y trágicas manifestaciones de la miseria: la insuficiencia física y la insuficiencia espiritual o educativa.

Sin acritud, sin malevolencia, al contrario, con marcada lástima y son de disculpa, oímos a toda hora del día la frase: "¡Es la miseria, es la miseria, señor!"

Y esta palabra absuelve momentáneamente los mayores delitos, abortados por la miseria moral. Ella absuelve el artículo falso de periódico, la acepta-

ción de un puesto injustificado, la infidelidad, la explotación paterna. Se le endosa la culpa a la miseria económica, a la falta de dinero, para no confesar que la miseria está más adentro, en el personaje mismo. "Yo no tengo culpa de no tener dineros", se dice, cuando en realidad debía decirse: "Yo no tengo culpa de ser pobre de espíritu, de no tener recursos de inteligencia, de no tener dos armas que esgrimir, de no tener una educación que me ofrezca varias posibilidades". Esta es la miseria, la honda y trágica miseria de donde toda otra se deriva.

No es nueva, ni particular de España. Lo que aterra entre nosotros es la cantidad. Ella va creciendo, creciendo, como descando emparejar con la miseria mendicante. Parece que los miserables de chaquetilla y sombrero flexible quieren ser más en número que los miserables hampones que dieron motivo a esta divagación, y con una nota de los cuales quiero terminar.

Acabo de tomarla. Es una nota callejera nauseabunda. La lentitud con que reaccioné ante ella, me puso de manifiesto

los hechos que vamos estando a tales escenas. Es verdad que algunos acabamos por educar los ojos a que no se detengan en los espectáculos asquerosos; pero otros se han aclimatado, no les choca.

La escena es la siguiente, muy sencilla: Un hombre sucio y ruín, de unos sesenta años, se agacha y recoge de un charco un envoltorio de papel de periódicos. Lo estruja; no lo desenvuelve. Le va arrancando, con mano inasqueable, los trozos calados por el agua del charco. Parecen cachos de verdura, desperdicios, los que asoman por los rotos del papel.

¿Qué hará? ¿Qué irá a hacer con la bola? ¿Llegará su hambre hasta el punto de verse obligado a recoger los desperdicios en los charcos de la calle?

Pero vi que no se preocupaba de lo envuelto. El mendigo quería la bola de papel por el papel mismo. La prensó en los huesos de sus manos y se la metió en el bolsillo de la chaqueta, impertérrito, como si efectuara la cosa más natural del mundo. Luego se alejó. Por lo visto, recogía papeles para traficar "en grande" con ellos.

J. MORENO VILLA

LIBRO NUEVO

LAS FÁBULAS DE LA FONTAINE

ESCOGIDAS Y TRADUCIDAS

EN VERSO POR

E. DIEZ CANEDO

GRABADOS Y LÁMINAS EN COLORES DE

T. C. DERRICK

UN LINDO TOMO EN PASTA CON CUBIERTA

EN COLORES

DOS PESETAS

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 MADRID
28, Calle de Valencia.

LOS CLÁSICOS: SHAKESPEARE

EN la misma fecha, 23 de Abril de 1616, pero no en igual día que Cervantes, por la diferencia entre el calendario inglés, que aún no había aceptado la corrección gregoriana, y el español, murió Guillermo Shakespeare. Vivía a la sazón retirado en Stratford, a orillas del Avon, haciendo vida de propietario rural. Sobreviviéronle su esposa Ana (o, quizá, Inés) Hathaway, con la que se había casado en 1582, y sus dos hijas, Susana y Judith. Un hijo que tuvo, llamado Hamnet, murió en tierna edad. Tenía Shakespeare, al morir, cincuenta y dos años; se ignora el día exacto de su nacimiento, pero se sabe que fué bautizado en Stratford el 26 de Abril de 1564 y que sus padres se llamaban Juan y María.

Poco más es lo que a ciencia cierta se puede afirmar de la vida de Shakespeare. Porque cuanto se dice de su expulsión del condado por caza furtiva, de que fué maestro de escuela rural, de que, trasladado a Londres, guardaba caballos a la puerta de los teatros, de que fué soldado o marinero, pasante de abogado o impresor, no son sino leyendas más o menos verosímiles o invenciones más o menos desechadas. Aun la ortografía de su apellido es incierta: hay quien lo escribe Shakspeare, Shakspere, o en otra forma. Lo único seguramente admitido es que fué cómico, que sobresalió en los "papeles de carácter", que llegó a director de compañía y empresario, y que ganó dinero, con el que pudo labrarse una cómoda vejez. Porque

hasta ha llegado a ponerse en duda que escribiera las obras que llevan su nombre, atribuyéndoselas a distintos personajes, al canciller Bacon, sobre todo. Y no ha faltado en Inglaterra, país del humorismo, humorista capaz de sostener, casi en serio, que Shakespeare nunca ha existido. Pero tres retratos con caracteres de autenticidad nos dan a conocer al hombre: media figura escultórica poli-

cromada, obra de Gerardo Janssen, que se puso en la iglesia de Stratford unos años antes de morir el poeta y fué luego muy retocada; un grabado de Martín Droeshout en la cubierta del "primer folio" en que se reunieron las obras de Shakespeare, en 1623, y un retrato, descubierto en 1840 y conservado hoy en Stratford, en la "casa de Shakespeare", que pudo servir de modelo para el grabado de que antes se hizo mención.

Conocemos hoy de Shakespeare treinta

y siete obras dramáticas, sin contar otras que se le atribuyen con mayor o menor fundamento; dos poemas, Venus y Adonis y El rapto de Lucrecia, y unas delicadas poesías juntas con el título de El peregrino apasionado; una bella composición alegórica, El fénix y la tórtola, y una serie de sonetos, hermosísimos muchos, llenos de alusiones aun no esclarecidas, en que se canta un amor celoso y una tierna amistad.

Suelen dividir los ingleses el caudal de las producciones dramáticas de Shakespeare en tres grupos de Tragedias, Comedias e Historias. Estas últimas, to-



RETRATO DE SHAKESPEARE

(Grabado de Martin Droeshout.)

madras de la historia nacional, son las menos difundidas fuera de Inglaterra, aunque en ellas abundan las bellezas de todo género. Trata Shakespeare con toda libertad el asunto que elige, sin pararse en anacronismos ni adular a la reina Isabel, que dió nombre a su época, en que florecieron las letras y en especial el teatro inglés con inusitado esplendor, en las figuras de los antepasados suyos. Las Comedias y las Tragedias, de asunto menos limitado, con un interés universal y una visión profunda y total del hombre, son las que han hecho de Shakespeare el genio por todos reconocido, la más alta figura por la cual el teatro moderno llega a alturas sólo alcanzadas por los grandes trágicos helénicos en la literatura antigua ¡Qué suma de caracteres, en los que se muestra una pasión con toda su sencilla grandiosidad, de una pieza, como los celos en Otelo, o la avaricia de Shylock! Y junto a caracteres de esta sencillez otros de complejidad infinita, como el de Hamlet, que es la eterna duda, la falta de cohesión entre el ánimo grande y la resolución mezquina, o los caracteres de mujer, que Ruskin consideraba superiores a todos los de hombre.

El grupo de tragedias legendarias, cuyos asuntos busca en los libros de la antigüedad unas veces (Coriolano, Julio César, Antonio y Cleopatra, Pericles), o en las narraciones tradicionales o artísticas de su país o de la Europa de su tiempo (Macbeth, El Rey Lear, Otelo, Hamlet, Romeo y Julieta), es el fundamento más grande de su fama. Pero no se ha de olvidar el otro grupo, el de las Comedias, en que la fantasía y la gracia se unen para crear esas maravillas que se llaman El sueño de una noche de verano, La discola domada, Las alegres comadres de Windsor, Como queráis, La noche de Reyes, La tempestad. Shakespeare lleva con igual desembarazo las dos máscaras, la trágica y la cómica. En la última comedia citada personifica en un ser brutal y monstruoso, Calibán, las ciegas fuerzas naturales, y en Ariel, genio benéfico, el espíritu que las ordena y rige. Ese espíritu debió de tenerlo Shakespeare junto a sí mientras escribía. Las pasiones del hombre, sus flaquezas o ridiculeces, sabe armonizar-

las siempre en una belleza nueva y superior. Cada obra suya es una victoria de Ariel sobre Calibán. En esto consiste su originalidad, que en nada padece porque se hayan señalado con profusión las fuentes de donde tomó asuntos, detalles y situaciones.

LESER

H A M L E T

EL MONÓLOGO Y LA ESCENA

CON OFELIA

(Hamlet dirá este monólogo creyéndose solo. Ofelia, a un extremo del teatro, lee.)

HAMLET.—Existir o no existir, esta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Si, y ved aquí el grande obstáculo: porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace cobardes a todos: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y se reducen a designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.—¿Cómo os habéis sentido, señor, en todos estos días?

HAMLET.—Muchas gracias. Bien.

OFELIA.—Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituiros

mucho tiempo ha, y os pido que ahora las toméis.

HAMLET.—No, yo nunca te di nada.

OFELIA.—Bien sabéis, señor, que os digo verdad... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibídlas, que un alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega a entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí. *(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehúsa tomarlas.)*

HAMLET.—¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.—Señor...

HAMLET.—¿Eres hermosa?

OFELIA.—¿Qué pretendéis decir con eso?

HAMLET.—Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.—¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.—Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá a la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar a la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

OFELIA.—Así me lo dabais a entender.

HAMLET.—Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco que nos quite aquel resquemor original... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.—Muy engañada estuve.

HAMLET.—Mira, vete a un convento: ¿para qué te has de exponer a ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos a ejecución. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas a ninguno de nosotros; vete, vete a un convento... ¿En dónde está tu padre?

OFELIA.—En casa está, señor.

HAMLET.—Si; pues que cierran bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Adiós. *(Hace que se va y vuelve.)*

OFELIA.—¡Oh, mi buen Dios! Favorecedle.

HAMLET.—Si te casas, quiero darte esta maldición en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete a un convento. Adiós. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cástate con un tonto, porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. Adiós. *(Hace que se va y vuelve.)*

OFELIA.—¡El cielo con su poder le alivie!

HAMLET.—He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecios. La naturaleza os dió

una cara, y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos más de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos: los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así, los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

OFELIA.—¡Oh qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los más advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada e infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!

(Acto III, escenas IV y V.)

CONSEJOS A LOS CÓMICOS

HAMLET.—Dirás este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire: moderación en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. A mí me desazona en extremo ver a un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que a fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarrar los oídos del vulgo rudo que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar a un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, más furioso que el mismo Hérodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO PRIMERO.—Así os lo prometo.

HAMLET.—Ni seas tampoco demasiado frío, tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder a la palabra, y ésta a la acción, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que más se oponga al fin de la representación, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer a la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imagen, cada nación y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera o se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar a los hombres de buena razón, cuya censura debe ser para

vosotros de más peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar a algunos cómicos, que otros aplaudían con entusiasmo por no decir escándalo, los cuales no tenían acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres, que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por un mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO PRIMERO.—Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.—Corregidle del todo, y cuidad también que los que hacen de payos no añadan nada a lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer oír a los oyentes más adustos, empiezan a dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican el ridículo empeño de lucirlo. Id a prepararos.

(Acto III, escena VIII.)

HAMLET EN EL CEMENTERIO

SEPULTURERO 1.º (Canta).

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué,
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.—Qué poco siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

HORACIO.—La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupación.

HAMLET.—Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene más delicado el tacto.

SEPULTURERO 1.º (Canta)

La edad callada en la huesa
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.—Aquella calavera tendría lengua en otro tiempo, y con ella podría también cantar... ¡Cómo la tira al suelo el picaro! como si fuese la quijada con que hizo Caín el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podría ser muy bien la cabeza de algún estadista que acaso pretendió engañar al ciclo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.—Bien puede ser.

HAMLET.—O la de algún cortesano que diría: felicísimos días, señor excelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor?... Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacía grandes elogios del potro del caballero Zutano, para pedirle prestado después. ¿No puede ser así?

HORACIO.—Sí, señor.

HAMLET.—¡Oh! si por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadón de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí si hubiera en nosotros medios para observarlas... Pero, ¿costó acaso tan poco la formación de esos huesos a la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente se divierta en sus

garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estreñecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1.º (Canta)

Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan,
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.—Y esa otra, ¿por qué no podía ser la calavera de un letrado?... ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribón, grosero, le golpee contra la pared, con el azadón lleno de barro?... ¡y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este sería, quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones y reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas; todo ha venido a parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataúd; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesión que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! y a su opulento sucesor tampoco le quedará más!

HORACIO.—Verdad es, señor.

HAMLET.—¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.—Sí, señor, y de piel de ternera también.

HAMLET.—Pues, dígame, que son más irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesión de tales pergaminos... Voy a tramitar conversación con este hombre. (Al sepulturero.) ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1.º—Mía, señor. (Canta)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.—Sí, yo creo que es tuya, porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos; con que has mentido.

SEPULTURERO 1.º—Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.—¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO 1.º—No es hombre, señor.

HAMLET.—Pues bien; ¿para qué mujer?

SEPULTURERO 1.º—Tampoco es eso.

HAMLET.—¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1.º—Un cadáver, que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET.—¿Qué taimado es!; hablémosle clara y sencillamente, porque si no es capaz de confundirnos a equívocos. De tres años a esta parte he observado cuánto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mía, Horacio, que ya el villano sigue tan de

cerca al caballero, que muy pronto le des-
hollará el talón... ¿Cuánto tiempo ha que
eres sepulturero?

SEPULTURERO 1.º—Toda mi vida, se puede
decir. Yo comencé el oficio el día que nues-
tro último rey Hamlet venció a Fortimbrás.

HAMLET.—¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1.º—¡Toma! ¿no lo sabéis?,
pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso
sucedió el mismo día en que nació el joven
Hamlet, el que está loco, y se ha ido a In-
glaterra.

HAMLET.—¡Oiga! ¿por qué se ha ido a In-
glaterra?

SEPULTURERO 1.º—Porque... porque está loco,
y allí cobrará su juicio; y si no le cobra, a
bien que poco importa.

HAMLET.—¿Por qué?

SEPULTURERO 1.º—Porque allí todos son tan
locos como él y no será reparado.

HAMLET.—¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1.º—De un modo muy extraño,
según dicen.

HAMLET.—De qué modo?

SEPULTURERO 1.º—Habiendo perdido el enten-
dimiento.

HAMLET.—Pero, ¿qué motivo dió lugar a eso?

SEPULTURERO 1.º—¿Qué lugar? Aquí en Dina-
marca, donde soy enterrador, y lo he sido
de chico y de grande, y por espacio de
treinta años.

HAMLET.—¿Cuánto tiempo podrá estar ente-
rrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1.º—De suerte que si él no co-
rrompía ya en vida (como nos sucede todos
los días con muchos cuerpos galeados, que
no hay por donde asirlos), podrá durar cosa
de ocho o nueve años. Un curtidor durará
nueve años, seguramente.

HAMLET.—¿Pues qué tiene él: más que otro
cualquiera?

SEPULTURERO 1.º—Lo que tiene es un pellejo
tan curtido ya, por mor de su ejercicio, que
puede resistir por mucho tiempo el agua; y
el agua, señor mío, es la cosa que más
pronto destruye a cualquier hidetal de muer-
to. Ve aquí una calavera que ha estado de-
bajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.—¿De quién es?

SEPULTURERO 1.º—¡Mayor hidetal, loco!...
¿De quién os parece que será?

HAMLET.—¿Yo cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1.º—¡Mala peste en él y en sus
travesuras!... Una vez me echó un frasco
de vino del Rhin por los cabezones... Pues,
señor, esta calavera es la calavera de Yorich,
el bufón del rey. *(El sepulturero le da una
calavera a Hamlet.)*

HAMLET.—¿Esta?

SEPULTURERO 1.º—La misma.

HAMLET.—¡Ah! ¡pobre Yorich!... Yo le conocí,
Horacio... era un hombre sumamente gra-
cioso, de la más fecunda imaginación. Me
acuerdo que siendo yo niño me llevó mil
veces sobre sus hombros... y ahora su vista

me llena de horror; y oprimido el pecho
palpita... Aquí estuvieron aquellos labios
donde yo di besos sin número... ¿Qué se
hicieron tus burlas, tus brincos, tus canta-
res y aquellos chistes repentinos que de
ordinario animaban la mesa con alegre es-
trépito? Ahora, faltar ya enteramente de
músculos, ni aún puedes reírte de tu propia
deformidad... Ve al tocador de alguna de
nuestras damas y dila, para excitar su risa,
que por más que se ponga una pulgada de
aceite en el rostro, al fin habrá de experi-
mentar esta misma transformación... *(Tira
la calavera al montón de tierra inmediato a
la sepultura.)* Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.—¿Cuál es, señor?

HAMLET.—¿Crees tú que Alejandro, metido
debajo de tierra, tendría esa forma horrible?

HORACIO.—Cierto que sí.

HAMLET.—¿Y exhalaría ese mismo hedor?...
¡Uhl!...

HORACIO.—Sin diferencia alguna. *(El sepul-
turo primero, acabada la excavación, sale
de la sepultura y se pasea hacia el fondo
del teatro. Viene después el sepulturero se-
gundo, que trae el aguardiente, beben y
hablan entre sí, permaneciendo retirados has-
ta la escena siguiente, como lo indica el diá-
logo.)*

HAMLET.—¡En qué abatimiento hemos de pa-
rar. Horacio!... ¿Y por qué no podría la
imaginación seguir las ilustres cenizas de
Alejandro, hasta encontrarlas tapando la
boca de algún barril?

HORACIO.—A fe que sería excesiva curiosidad
ir a examinarlo.

HAMLET.—No, no por cierto. No hay sino irle
siguiendo hasta conducirle allí con probabi-
lidad y sin violencia alguna. Como si dijé-
mos: Alejandro murió, Alejandro fué se-
pultado. Alejandro se redujo a polvo, el
polvo es tierra, de la tierra hacemos barro...
¿Y por qué con este barro en que él ya
está convertido no habrán podido tapar un
barril de cerveza? El emperador César,
muerto y hecho tierra, puede tapar un agu-
jero para estorbar que pase el aire... ¡Oh!
Y aquella tierra que tuvo atemorizado el
orbe, servirá tal vez de reparar las hendi-
duras de un tabique contra las intemperies
del invierno... Pero callemos... hagámonos
a un lado, que... sí... Aquí viene el rey, la
reina, los grandes... ¿A quién acompañan?
¿Qué ceremonial tan incompleto es este!...
Todo ello me anuncia que el difunto que
conducen dió fin a su vida con desesperada
mano... Sin duda era persona de calidad...
Ocultémonos un poco, y observa. *(Conducen
entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia,
vestida con túnica blanca y coronada de
flores.)*

(Acto V, escena II.)

WILLIAM SHAKESPEARE

(Trad. de Moratin.)

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

TRECE EDICIONES DIFERENTES DE LA

“CASA EDITORIAL CALLEJA”

(P. o. s. p. e. c. t. o. s. g. r. a. t. i. s.)

LAS GRANDES FIGURAS DEL ARTE

EL GRECO

Fué el Greco hombre raro y extravagante en su vida social y en sus pensamientos. Han llegado hasta nosotros algunas frases suyas turbulentas o agitadoras. En una sostiene, contra Aristóteles, que la pintura no es arte; en otra, afirmando que "el colorido es superior al dibujo", dice de Miguel Angel "que era un buen hombre, pero que no supo pintar". Calcúlese si con estas frases, que a muchos si-guen sonando a herejías, pudo ganar fama de discreto. Únase a estas audacias de pensa-miento lo aficionado que era a la ostentación y a la pompa (contrataba músicos que ameni-zaran sus comidas), y veremos que la opinión toledana del siglo XVII tenía para escandalizarse y llamarle extravagante o loco.

¿Hay o refléjase en su labor algo de esta singularidad? Pacheco dice que lo fué en lo uno y en lo otro. En la vida y en las obras.

Pero han pasado muchos años. Han pasado tres siglos. Los ojos modernos están acostum-brados a ver singularidades y modismos auda-ces. La educación ha permitido a los hom-bres poder mirar a cada cosa desde el foco preciso y necesario. Y la obra del Greco, después de combatida y discutida, ha llegado a reposar en lo más alto de nuestra historia.

Acá y allá, en lugares extraviados y fuera de todo foco vivo de cultura, donde el hom-bre curioso no ha podido ver más que los hu-mildes, aunque pretenciosos cuadros de su iglesuca, puede seguir habiendo gente que halle extravagante, cuando no repulsiva, la pintura de Dominico el Greco. En las mismas capitales, espíritus académicos o herméticos hay, que en esto emparejan con el hombre primitivo del villorrio.

Pero, en general, la educación ha prestado agilidad al intelecto y éste puede, para ver las cosas, quedarse en la llanura o subir a la colina; es decir: buscar el sitio preciso para ver mejor lo que se quiere.

Unas cosas, la mayoría de las cosas pueden ser examinadas desde el llano; otras—y entre ellas ésta—requieren mayor esfuerzo.

Fué el Greco artista introspectivo y elabo-rador. Fué de esa estirpe de hombres que re-coge de la vida los elementos y los ordena y combina en su retorta dándoles sello propio.

Para sus ensueños, sus visiones místicas o apocalípticas, sus interpretaciones del mundo irreal, que son las que más escandalizaron, tuvo él su especial concepto. No era hombre que admitiese o adoptase maneras de otros, interpretaciones ajenas. Para cada asunto in-ventó su composición y, además, su factura. Pero como aun siendo maestro de la técnica pictórica, colorista consumado, no se conten-taba con dar a sus cuadros sólo forma y color, sino que les añadía ese algo inconstitucional, vago y tembloroso que sólo puede ser paladeado

después de meditado, resultan de una com-plejidad no corriente.

El afán de conseguir esto le lleva a dibujar el cuerpo humano con líneas y formas insos-pechadas, que la razón de un primitivo rechaza. De buena gana someteríamos a este es-candalizado a una experiencia un tanto in-fantil, pero exacta. Le haríamos pasar a un salón oscuro, donde tendríamos apiñados unos cuantos desnudos humanos, y luego en-cenderíamos una luz trémula de bujía o de candil. Estamos seguros de que entonces ver-ría el desnudo apocalíptico y visionario del Greco. El debió pintar de noche. Sólo aque-las luces podían ofrecerle los mismos efectos entrevistos temblorosamente en sus ratos de meditación.

Esta sencilla experiencia demostraría que muchas de las cosas suyas tenidas por defor-mes, y separadas de la dichosa realidad, no lo son. Pero no todo se explica tan sencilla-mente. Hay cosas en el Greco, como son las nubes, en las cuales se ve el prurito de des-materializarlas, de convertirlas en algo inde-finible y lejano de lo que simulan. Hay nubes que tienen calidad de cendales o de láminas cristalinas o de trozos de jaspe. En sus "glo-rias", muy especialmente en la del *San Mau-ricio* (Escorial), y en la del *Entierro del conde de Orgaz* (Toledo), es notorio el afán de diferenciar lo terreno de lo celeste. Aque-las "glorias" dicen, además, que sólo un alma henchida de luces, riquísima en la compren-sión del color, pudo ejecutarlas. Fuera de Goya, no hay en la pintura española trozos tan ricos, tan jugosos, tan brillantes. Com-prendemos que nuestra época, ferviente y de-vota del color por el color, las mire con de-leite y provecho.

Esto poco, en cuanto a su lado fantástico o visionario, no tan separado, como algunos creen, del lado naturalista que nos presenta también. La prueba está en que sus retratos tienen tanto misterio y sugestión como la otra cara de su obra. Un hombre atento puede pa-sar horas y horas desenredando ideas, frente a los retratos que figuran en *El entierro*. Y quien mueve y desenreda las ideas, es el espíritu que dimanan ellos. De los retratos se escapa, y viene a nosotros; en cambio, en sus obras visionarias está desenvuelto ya por el pintor, y la vista nuestra no tiene más tarea que dejarse arrastrar por su ímpetu. En am-bos casos está ese elemento fluente o diná-mico peculiar del arte barroco. Véase cómo fluyen las líneas y las masas en la *Resurrección* (Museo del Prado). Véase cómo entre la quietud aparente de *El caballero de la mano al pecho*, y uno que lo mira, se establece un inquieto y desigual diálogo. La cara de este hombre, como la de los caballeros que asisten al *Entierro del conde de Orgaz*, refleja tal

EL GRECO



LA RESURRECCIÓN
Toledo: Santo Domingo el Antiguo .
1.ª época: 1577 a 1579

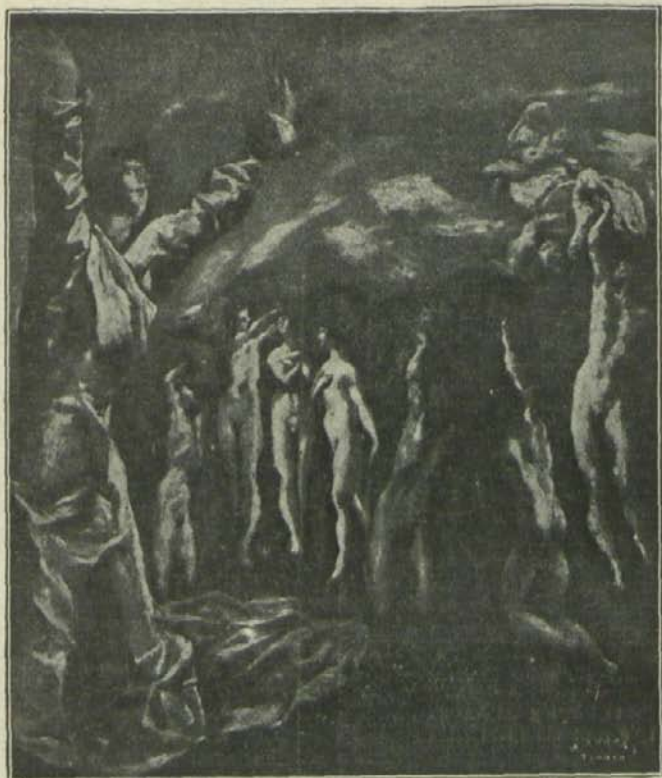


EL CABALLERO DE LA MANO AL PECHO
Madrid: Museo del Prado.
1.ª época: 1577 a 1584



LA RESURRECCIÓN
Madrid: Museo del Prado.
2.ª época: 1586 a 1594

EL GRECO



EL APOCALIPSIS

París: Propiedad de D. Ignacio Zuloaga. Última época.



ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ (detalles)

Toledo: Santo Tomé. 1856.

hondura de sentimiento, que, lo inmediato, es un deseo de inquirir, de adivinar, de escarbar en aquella alma grave, melancólica y clarividente.

Con rapidez vamos a enumerar, siguiendo al maestro indiscutible Sr. Cossío, las fases por que pasa su pintura o sea la evolución de su estética, al tiempo que apuntaremos las pocas noticias que se tienen de su vida.

Nació en la isla de Creta, y en la ciudad de Candia hacia el año 1550. A juzgar por la manera que tuvo siempre de firmar, poniendo su nombre a la griega y en caracteres griegos, debía de ufanarse mucho de su origen. El nombre, italianizado primero, y españolizado después, quedó en *Dominico Theotocopuli*, de *Domenicos Theotocopoulos*, que fué. El año de 1570 se presenta en Roma. Ya entonces pintaba, según Clodio, a la manera de Ticiano, pues dice "ha llegado a Roma un joven candiota discípulo de Ticiano que... parece extraordinario en la pintura". Tenía entonces unos veinte años; de Roma vino a España, no se sabe cómo, por dónde, ni cuándo; el hecho es que en 1577 firma el más antiguo de sus cuadros toledanos, en la iglesia de Santo Domingo el Antiguo. En los cuadros de esta iglesia empieza a mezclarse su manera de pintar y componer a la italiana, con datos y observaciones sustraídos al ambiente local. Los caracteres españoles ("concentración del asunto, intimismo, actualidad, acentuada gama fría, anticipaciones de los problemas de

luz y colorido") se van robusteciendo y concretando en el *Espolio* que pintó para la catedral de Toledo en 1579; se manifiestan algunos de ellos vivamente en el S. Mauricio que le encargó y luego no quiso Felipe II (1580) para el Escorial—donde hoy se conserva—, y culmina, pasando por el *Caballero de la mano al pecho* entre otras, en *El entierro del conde de Orgaz*, obra la más completa suya y la que más "penetrante y sustancial de la pintura española" (Cossío). La *Resurrección* del Museo del Prado corresponde a la serie que sigue al *Entierro*. La última fase es toda *exaltación* y arrebató dinámico; a ella corresponde la Asunción de San Vicente en Toledo.

Se sabe dónde vivió: fué en las antiguas casas del marqués de Villena, en el paseo del Tránsito, cerca de la casa tenida hoy por suya. Tuvo un hijo, que se llamó Juan Manuel, y fué, como el padre, pintor, escultor y arquitecto. La madre de éste, doña Jerónima de las Cuevas, no se puede afirmar que fuese legítima esposa del Greco, pues, aunque en su testamento aparece como heredera universal en compañía de Juan Manuel, nunca dice que lo sea.

Murió el 1614, después de unos postreros años de retiro y soledad. No se sabe dónde han encontrado paz sus restos.

J. MORENO VILLA

LA MUERTE DE DOUGLAS

(EPISODIO DEL REINADO DE ALFONSO XI)

(CONCLUSIÓN)

II

UN detenido estudio de la Crónica del rey Don Alfonso XI (la cual se atribuye generalmente a Juan Núñez de Villazán, alguacil mayor de la corte del rey Don Enrique II), previa rectificación, hecha con ayuda de privilegios rodados, actas de cortes, donaciones y otros documentos coetáneos, de los muchos errores cronológicos de que está plagada, pone de manifiesto la imposibilidad de que en 1328 (aceptando la fecha errónea de Froissart para la muerte de Roberto Bruce y para la aventura de Douglas), ni en 1329, ocurriera un suceso tan notable como el que hemos referido, y la escasa, por no decir ninguna, probabilidad de que ocurriera en 1330. Veamos si no.

El cerco y toma de Olvera, al cual siguieron inmediatamente los de Pruna, Ayamonte y la torre de Alhaquime, ocuparon al rey y ejército cristianos en el verano de 1327; pero desde entonces hasta muy avanzado ya el de 1330, en que se puso sitio a la villa de Teba, no hubo guerra con los infieles, a menos que no calificásemos de guerras a aquellas entonces frecuentes correrías por las fronteras, que

ni siquiera suelen mencionar muchas veces las historias generales. Y por lo que hace al rey, después de acabada la empresa de Olvera, volvió a Sevilla, donde permaneció todo el resto del año 1327; de allí fué a Córdoba a principios del siguiente; poco después a Toledo, donde se hallaba en Marzo de ese año, y en seguida al cerco de Escalona, villa de Don Juan Manuel (el célebre hijo del infante Don Manuel), que andaba fuera de su obediencia y alzado en armas. Desde Escalona, de que no llegó a apoderarse, fué el rey a Valladolid, donde habían ocurrido disturbios, y apaciguados éstos, a Palencia, Salamanca, Ciudad Rodrigo y Alfayate, lugar cercano a Ciudad Rodrigo, donde celebró sus bodas Doña María de Portugal. Fué luego a Fuente Aguinaldo a firmar las capitulaciones para las bodas de Doña Blanca de Castilla, hija del infante Don Pedro de Castilla, su tío, con el infante Don Pedro, heredero de Portugal; volvió en seguida a Salamanca, y se fué desde allí directamente a Medina del Campo, donde firmó el contrato matrimonial de su hermana mayor Doña Leonor de Castilla con el rey Don Alfonso de Aragón; luego a Valladolid, y seguidamente a Tordehumos y otros lugares que

habían sido de su antiguo ministro y privado Don Alvar Núñez Osorio, de los cuales se apoderó fácilmente, y de allí regresó a Valladolid, donde celebró cortes, según algunos autores, en 1329, bien que sobre ellas guarde silencio la Crónica.

De Valladolid, por Burgos, Logroño, Calahorra y Alfaro, se trasladó a Agreda, frontera de Aragón, para asistir a las bodas de su antes citada hermana Doña Leonor, que se celebraron en Tarazona; después fué a Soria, dejando memoria de su paso por esa ciudad en el duro castigo que impuso a los autores y cómplices de la muerte violenta de su ministro y privado Garci Laso de la Vega, ocurrida el año anterior, y desde Soria fué a Madrid a celebrar cortes generales y pedir ayuda a sus reinos para proseguir la guerra contra los infieles. Estas cortes comenzaron en 1329 y duraban aún en 1330. Todavía, con ayuda de la Crónica, podemos seguirle los pasos en 1330.

De Madrid fué a Valladolid; desde Valladolid, a Salamanca, Ciudad Rodrigo y Fuente Aguinaldo, donde se vió con su suegro el rey Don Alfonso de Portugal, y desde Fuente Aguinaldo, por Pastrana, Fuente Encina, Almonacid y Tierra de Zurita, a Córdoba, donde tenía convocados a los ricos hombres, maestros y caballeros de las Ordenes y a los hidalgos de los reinos de Castilla y León para la campaña que pensaba emprender inmediatamente.

Acordado el plan de ella, salió de Córdoba, y pasando por Huelva y Osuna, fué a poner sitio con toda la hueste a la villa de Teba, que se entregó a los cristianos en Agosto de ese mismo año de 1330. En seguida se apoderó de Cañete, Priego las Torres de las Cuevas y Ortexicar, y dando por terminada la campaña, se trasladó a Sevilla por el mes de Septiembre, habiendo comenzado en esa ciudad y en ese mismo tiempo sus célebres amores con Doña Leonor Núñez de Guzmán, viuda de Juan de Velasco, siendo entonces el rey manco de diez y nueve años y ella de muy poca más edad que su regio amante. Marco muy bien todos estos sucesos para que se vea la imposibilidad de dar cabida a la aventura de Douglas, como no sea en el cerco de Teba, donde también la tendría muy forzada, tanto por no avenirse las peripecias de esa campaña, tal como las refiere la Crónica de Don Alfonso con el relato de la de Froissart, como porque sería muy extraño el silencio de dicha Crónica sobre suceso de tal magnitud y resonancia.

Hay, por otra parte, en el relato de Froissart todavía más puntos oscuros que los que atrás señalé. Uno de ellos es el desembarco de Douglas en un lugar como Valencia, que no era del reino de Castilla, y para llegar al cual, desde el puerto de la Escalusa, necesitaba dar la vuelta a toda la Península, teniendo tan a mano la costa cantábrica, la de Andalucía o, en último apuro, la de Portugal, que no era entonces para los castellanos más ni menos extranjera que las de Aragón.

Creer que sea fabuloso el suceso por entero, me parecería siempre aventurado; pues,

aunque naciera Froissart, como nació, efectivamente, siete años después del tiempo en que en sus Crónicas lo supone ocurrido, consta, positivamente, que estuvo en Escocia en 1363; que pasó doce días en Dalkeith, en la misma mansión de los Douglas, y debe tenerse por seguro que allí se lo refirieron, y que rectificaria, por las noticias que le dieran, la versión de Juan le Bel, que le había ya servido, según él mismo dice en el prefacio de sus Crónicas, para el primer ejemplar de ellas, que acabó en 1361, y que presentó el mismo año a Felipa de Henao, reina de Inglaterra, mujer de Eduardo III.

Échanse de ver, en efecto, ciertas diferencias entre los muchos ejemplares manuscritos que se conservan de las Crónicas, que sólo pueden atribuirse a enmiendas hechas por el mismo Froissart en virtud de mejores informes que recibiera de los hechos sobre que versa su historia. Así pasa con este mismo suceso que en los manuscritos más modernos, hechos en su propio tiempo, se cuenta de otra manera que en los primitivos. En ellos se omite la fecha de la muerte de Roberto Bruce; se hace salir de Escocia a Douglas por el puerto de Haindebourch y no por el de Montrose, y se le da por compañero, en el combate en que perdió la vida, a cierto señor de Engghien, con quien casualmente se encontró al llegar a la hueste cristiana, y que más dichoso que él, logró escapar vivo del apurado trance.

Hay, pues, en mi entender, que dar por cierto en el fondo el relato de Froissart; pero ¿cómo salvar las dificultades que ofrece?; ¿cómo ponerlo de acuerdo con la Crónica del rey Don Alfonso? Haciéndolo avanzar doce años en el curso del tiempo, con lo cual queda todavía muy dentro del reinado de Don Alfonso, si, que pueda tildarse de excesiva la libertad de introducir tal enmienda en una obra, como la de Froissart, que en tan graves y probados errores cronológicos incurre. Pero entremos en materia.

El 3 de agosto de 1342 llegó el rey Don Alfonso frente a Algeciras, que era la ciudad más importante, y la más fuerte, no contando con la de Gibraltar, de cuantas tenían en España los moros africanos, y con los dos mil seiscientos caballeros y cuatro mil peones, entre ballesteros y lanceros que llevaba consigo, estableció su campamento, en espera de las grandes fuerzas que tenía convocadas y que fueron poco a poco llegando en el curso de los meses siguientes. A los muy pocos días de hallarse allí la hueste cristiana, todavía muy a principios de agosto, hicieron una salida los moros de la Ciudad en número de unos trescientos de a caballo y mil de a pie, según dice la Crónica, y fueron a atacar el real de los sitiadores. Hallábase allí cierto conde de Lous, alemán al decir de la Crónica, y seis caballeros sus compatriotas, que habían venido de aventureros a esta guerra, los cuales, sin esperar la ayuda de las fuerzas cristianas que ocupaban aquella misma parte del campamento en que estaban establecidos (que eran las gentes que acaudillaban el maestro de Santiago, Don Juan Alfonso de Guzmán y Don Pedro Ponce, y las del concejo de Sevilla), al ver acercarse a los

moros, cerraron denodadamente con ellos. Los africanos, conforme a su manera especial de combatir, se fueron retirando hacia la Ciudad, y cuando hubieron atraído al conde y a los suyos lejos del campamento, revolvieron sobre ellos, los envolvieron, y hubieran dado fin de los siete a no haber sido socorridos, a tiempo todavía de salvar la vida a casi todos. El conde, sin embargo, perdió la suya en la refriega, y su cadáver quedó en poder de los moros, que se lo llevaron a la Ciudad y lo quemaron. Así lo refiere la Crónica, añadiendo que el rey sintió mucho la ocurrencia, y advirtió a los caballeros compañeros del conde que en lo sucesivo procediesen con mayor prudencia y no estableasen combate ellos solos con los moros, pues que desconocían su sistema de guerra.

La llamada "Crónica rimada", de este mismo reinado, alude también explícitamente a este suceso, si bien no nombra al conde, limitándose a decir que era extranjero y que había venido a esta guerra por devoción. Y tampoco en esa Crónica rimada, que sólo tiene de poético la forma, pues es tan minuciosa como exacta, se encuentra otro suceso que tenga semejanza con el de las Crónicas de Froissart, como no sea el referido.

Aunque el hecho que cuentan ambas Crónicas—la de Villazán y la rimada—pasara doce años después de la muerte de Roberto Bruce, tengo por indudable que es el mismo que la de Froissart refiere. Y no parezca óbice ni el nombre del protagonista, ni el hacerlo alemán y no escocés la Crónica de Villazán, pues nada significan tales discrepancias para quienes, avezados a la lectura de documentos antiguos, saben hasta qué punto se hallan desfigurados en ellos los nombres pertenecientes a lenguas extrañas, tomadas casi siempre al oído, y cuán poco distinguían de tierras los antiguos autores, tratándose de las tan lejanas a la suya como Escocia y Alemania lo están de la nuestra. En el mismo Froissart se encuentran nombres de personajes castellanos, tales como *le Podich d'Asvede, le Pouvasse de Cogne, Alve Gresia d'Albene*, en que sólo quien sepa de qué sujetos se trata podrá reconocer los de Lope Díaz de Acevedo, Lope Vázquez de Acuña y Alvar García de Albornoz. En la Crónica de Villazán vemos un conde de Solusber y otro de Ebroñs, que titubearán muchos en admitir por condes de Salisbury y de Evreux, y que no son, sin embargo, sino estos mismos personajes. ¿Qué hay, pues, que sorprenderse de que quien de Evreux hace Ebroñs, haga de Douglas Lous o Loas, que será quizás el nombre que realmente escribiera el autor de la Cró-

nica, y el que en los manuscritos que hay de ella figure?

Pero ¿cómo se explica la diferencia en las fechas, y cómo también la omisión en el relato de la Crónica de Villazán de todo cuanto al voto de Roberto Bruce atañe, punto interesante que no parece natural que pasase inadvertido a nuestros historiadores?

Sencillamente, por el hecho de ser dos Douglas distintos el compañero del rey Roberto Bruce y el que pereció en España. Este quizás (y hasta probablemente) se llamaría Guillermo, como Froissart lo nombra, y Jacques, o Diego, diciéndolo en castellano, el comisionado por Roberto Bruce para llevar su corazón a Palestina, si es que este hecho no es completamente fabuloso.

No es aquí de mi incumbencia averiguar si cumplió o no el Douglas compañero de Roberto Bruce la comisión que le encargó su soberano y amigo. Si la cumplió, debió, sin duda, volver sano y salvo a su Patria, supuesto que allí se encuentra su sepulcro, y allí también el corazón del rey Roberto, lo que de cierto no sucedería a haberle pasado lo que la Crónica de Froissart refiere. En cuanto a Guillermo de Douglas (si es que efectivamente se llamaba Guillermo), ése si murió en España, y aquí debió de quedar su cuerpo, si no lo quemaron los moros de Algeciras. Iría sin duda en peregrinación a Tierra Santa, no a cumplir votos ajenos, sino propios, como iban en aquel tiempo otros muchos, y al pasar por Valencia, en cuyo puerto quizás entrase de arribada o recalase por cualquier motivo, tendría noticia de la guerra del rey de Castilla con los moros africanos, guerra que debió de ser muy sonada en aquel tiempo, a juzgar por los muchísimos personajes, hasta reyes, que de muy lejos acudieron a ella, y aprovecharía la coyuntura que se le presentaba para cumplir sus votos sin necesidad de hacer tan largo y azaroso viaje como el de Palestina.

En 1363, o sea veintidós años después del suceso de Algeciras, y treinta y tres de la muerte de Roberto Bruce, que fué cuando Froissart visitó a los Douglas en Escocia, debían de estar ya confusos los recuerdos, cosa nada extraña en un tiempo en que casi nada se escribía y en que se encomendaba todo a la memoria, y se atribuiría al Douglas que pereció en Algeciras lo que pertenece al Douglas amigo de Roberto Bruce, y al último lo que pertenecía al primero, dando además a los hechos de uno y de otro un color exagerado y novelesco que en realidad no tuvieron.

CRISTÓBAL DE REYNA

LIBRO NUEVO

CUENTOS DE PERRAULT

ILUSTRACIONES EN NEGRO Y LÁMINAS EN COLORES DE MARGARET TARRANT

UN LINDO TOMO EN PASTA, 2 PESETAS

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 MADRID
CALLE VALENCIA, 28

LOS GALICISMOS

I

La presencia en el español de multitud de voces y giros importados de Francia es hecho conocidísimo; tal fenómeno es mirado como una dolencia de la que hay que sanar a nuestro lenguaje, para que torne a manifestarse terso y brillante; y es frecuente que en libros y periódicos se saque a la vergüenza a los que deslizan en sus escritos frases o vocablos de indudable corte francés. ¿Qué valor tiene esta actitud? Quisiera dar al lector no versado en estas materias algunos elementos para que forme sobre ello una opinión algo razonada.

Hace algún tiempo (antes de la guerra) discutíase en el Parlamento alemán la conveniencia de expulsar del idioma nacional toda palabra de origen no germánico; un conservador sostuvo, con marcada violencia, aquel punto de vista, y entonces un demócrata le replicó que le juzgaba incapacitado para realizar tal expurgo en su idioma. Y tenía razón; un alemán no lingüista se quedaría asombrado al ver que muchos cientos de voces, aparentemente de neto cuño germánico, no eran sino préstamos que con carácter definitivo había recibido el alemán de la lengua latina.

Algo análogo ocurre entre nosotros con el francés. Aun antes de existir el castellano como lengua literaria, comenzó a recibir, aclimatándolas, ciertas palabras francesas; y de un modo más preciso puede afirmarse que desde hace ocho siglos no ha habido época de nuestra historia que no haya estado sometida, con varia intensidad, a esa influencia de nuestros vecinos. Hay, pues, dos maneras de mirar este asunto. Podemos tomar la actitud histórica, y analizar cómo ha sido posible que se realice esta continua ingerencia del vocabulario francés entre nosotros, en qué forma se ha cumplido y cuáles han sido sus resultados. Otro punto de vista es el de los escritores críticos a que aludía al principio, inspirado más bien en la pedagogía social y literaria. Creo, sin embargo, que ambos criterios son indisolubles, y, particularmente, que la segunda actitud carece de virtualidad, si no se apoya un tanto en la primera; de otra suerte, nos exponemos a encontrarnos siempre en la enojosa situación del que se lamenta, en lugar de colocarnos en la más cómoda y razonable del que prevé y sabe evitar.

Como afirmación de carácter general puede decirse que el hecho de que en un idioma aparezcan manifestaciones de influencia extranjera tiene en sí muy poca importancia; eso indica tan sólo que en uno o varios puntos la sensibilidad del país está impresionada por lo que acontece fuera de sus fronteras, en cualquier orden de la actividad humana. La prueba de ello es que, en las supremas manifestaciones de la lengua—en la excelen-

te literatura—, el extranjerismo es uno de tantos elementos de que puede disponer el escritor, para fundirlo dentro de la originalidad de su arte. Obras maestras de nuestra literatura están impregnadas de galicismos o de italianismos; en cambio, hay obras de un marcado sabor tradicional que pueden, a veces, no merecer nuestra atención. La lengua tiene momentos de esplendor o de decadencia, merced a causas muy distintas: Göthe refleja un gran influjo francés, y, sin embargo, es el primer clásico alemán. Todo idioma tiene suficiente vitalidad para asimilar o expulsar elementos extraños, y cuando esto no ocurre, es que está a punto de dejar de existir, y entonces no vale la pena ocuparse de él.

Lo que actualmente acontece con el galicismo es un producto de causas complejas. Esencialmente, estas causas son dos: insuficiencia de nuestro país en la elaboración de muchos productos de cultura, y bajo nivel de la enseñanza de la lengua nacional. Durante todo el siglo XIX (para no hablar de épocas anteriores), España ha recibido de Francia (o a través de ella) casi todo lo que representa progreso: organización política (*parlamento: parlement*), judicial (*jefe de paz: juge de paix; tribunal supremo, en América, corte suprema: cour suprême, etc.*); mobiliario, indumentaria (*canapé, sofá, pantalón, chaqué, etc.*); comunicaciones (*vagón, ténor, rail, etc.*). Actualmente llamamos *chófer al chauffeur*, y la mayor elegancia de los vestidos parisienses invita a las señoras a decir *trusó (trousseau)*, en vez de *ajuar*. Preocupémonos, por consiguiente, de que en España se inventen cosas o se superen las conocidas, y veremos en seguida cómo nuestros vecinos empiezan a intercalar hispanismos en el francés, de la misma suerte que en época pretérita: cuando, por ejemplo, la excelencia de los cueros de Córdoba obligó a los zapateros a llamarse *corduannier*, hoy *cordonnier*.

Justo es decir que en la actualidad este empleo de voces extranjeras, más que superioridad de un país sobre otro, refleja el carácter internacional de la vida moderna; el francés toma del inglés, y viceversa, y tales préstamos son compatibles con una refinada cultura.

No puede, en cambio, decirse lo mismo de cierta clase de galicismos, para cuya caracterización no ocurre decir sino que son *frívolos*. La cultura a que hemos llegado, nos obliga a poner en el uso del idioma una consciente escrupulosidad, la cual era natural que no tuviese un español del siglo XIII. No justifica el empleo de aquellos galicismos un mayor deseo de precisión técnica, ni un propósito de referirnos a un nuevo objeto, o a un matiz nuevo, no apreciado por nuestro idioma (por ejemplo, *burocracia*, del francés *bureaucratie*, no es lo mismo que *covachuelismo* u *oficinismo*, palabras que, además, no figuran en el Diccionario; (la "covachuela" u "ofici-

na" no ha tenido en España la acción social que en Francia); ni tampoco se trata de lograr un efecto cualquiera en la sensibilidad del que oye o lee. He aquí un ejemplo de lo que digo. Leo en un periódico: "En Norte América basta acreditar que se es ciudadano extranjero para no ser *enrolado*." El periodista ha leído *enrôlé* en un telegrama del extranjero, e inconscientemente escribe *enrolado* en lugar de "alistado". Esa actitud pasiva, inconsciente, en el que emplea el galicismo *frívolo* es lo lamentable, pues al idioma, repetimos, no son esas cosas las que en último término han de dañarle.

Al oír, hace poco, la lectura del acta en una solemne reunión de diputados, nos martillaba el oído un continuo "es por eso que la asamblea" (= *c'est pour cela que...*). El que tales galicismos de construcción se cometan entre nosotros, indica tan sólo que las gentes que escriben o hablan no conocen bien el castellano; y no lo conocen porque no se lo enseñan. La mayoría de los hombres de pluma han recibido una educación fragmentaria y anárquica; y aun aquellos que hayan participado de la enseñanza pública en sus diversos grados, no han tenido por eso mejor ocasión para familiarizarse con un uso refinado

del castellano. No se leen meditadamente nuestros grandes escritores en las escuelas de segunda enseñanza; no escriben los jóvenes, frecuentemente, bajo la vigilancia de escrupulosos maestros. El aprendizaje del propio idioma está abandonado al ciego azar; y así acontece que los que tienen por oficio escribir (y no poseen instintivamente un gran sentido del idioma), al hacer, por ejemplo, una traducción, se dejan arrastrar servilmente por el idioma extraño, faltos del contrapeso de una severa y sólida educación española. Ahora bien, como el idioma del que más se traduce es el francés, los galicismos invaden la lengua corriente, pasando por la prensa diaria y por las novelas traducidas y redactadas a una miseria la página. Elevemos y dignifiquemos la enseñanza de nuestra lengua, y habremos evitado los más enojosos galicismos, los *frívolos*. En cuanto a los otros, su presencia casi es deseable.

En un próximo artículo miraremos, retrospectivamente, lo que ha sido el galicismo en nuestra lengua, en vista de noticias históricas y de algunos ejemplos.

AMÉRICO CASTRO

A. SALCEDO RUIZ

LA LITERATURA ESPAÑOLA

(RESUMEN DE HISTORIA CRÍTICA)

CON UNA CARTA AUTÓGRAFA

DE

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Tomo I.	La Edad Media	465 páginas
Tomo II.	El Siglo de oro.	571 »
Tomo III.	El Clasicismo	555 »

EN PRENSA

Tomo IV. Nuestros días.

Cada tomo en rústica 8 pesetas.

» » en holandesa fina . . . 11 »

(PROSPECTO GRATIS)

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876
Calle de Valencia, 28

MADRID

LA DAMA DE ELCHE

Y LAS JOYAS ORIENTALES DE ESPAÑA

Con el nombre de *La Dama de Elche* es conocido en el mundo entero el hermoso busto cuya reproducción va al frente de este artículo. Fué hallado el día 4 de agosto de 1897—fecha memorable en los fastos de la Arqueología española—por los obreros que, bajo la dirección del doctor Campello, sabio médico de Elche, trabajaban en las excavaciones que este señor venía practicando, en busca de objetos arqueológicos, en los terrenos de la Alcudia. Se llama así una loma o meseta inmediata a Elche, en la cual estuvo emplazada la colonia romana Julia Illici Augusta, y donde, siglos antes que los romanos viniesen a España, había sido establecida la colonia griega de Hermo.

Era, por lo tanto, y sigue siendo, la Alcudia, terreno propicio para el hallazgo de antigüedades griegas y romanas, y muchas son ya las que allí se han exhumado y figuran en distintos museos, aunque ninguna de la importancia y la originalidad de la escultura que es objeto de nuestro estudio.

El tipo y expresión misteriosa de su rostro, de serena gravedad, con que se mezcla un melancólico misticismo; su complicado y extraño tocado, de rica y majestuosa elegancia; la triple fila de collares, de tamaño y forma tan insitados, que adornan su pecho; el manto que la cubre desde los hombros, con severa sencillez, y el conjunto, en fin, tan noble y sugestivo a la vez, que aparece como una primera revelación de un pueblo y una civilización que nos son desconocidos, llamó, desde luego, tan poderosamente la atención de cuantos iniciados en los estudios arqueológicos la vieron, que ninguno vaciló en calificarla como una maravilla llamada a dar mucha luz en el oscuro campo de la prehistoria española. Con rapidez extraordinaria (demasiada, desgraciadamente, para España) se extendió la noticia del hallazgo como un acontecimiento arqueológico excepcional, y de todas partes acudieron sabios y artistas

para verla, estudiarla y, lo que fué peor, para adquirirla. El famoso hispanófilo francés M. Pierre Paris fué el primero y más afortunado. Cuando Inglaterra y Alemania mandaron sus delegados, ya el avisado francés había conseguido que el Gobierno de su país la adquiriese, con destino al Museo del Louvre.

El interés con que historiadores, arqueólogos y artistas acogieron esta escultura fué muy vivo. Baste decir que, en los diez y nueve años transcurridos desde el hallazgo, no han llegado los conocedores a ponerse de acuerdo.

—“Es una escultura ibero-fenicia”, sostienen unos.—“Es arte greco-oriental, hecho en España por los colonos griegos”, opinan otros.—“Es una diosa”, sugieren a aquellos.—“Es una sacerdotisa”, afirman éstos.—“Es una dama de la colonia griega iberizada”, pretende el de más allá; y entre todas estas opiniones contradictorias, aún no se ve una orientación segura que pueda llevarnos a una solución definitiva.

De todos modos, diosa, sacerdotisa o dama—objetamos nosotros—, puesto que fué hallada en los yacimientos de la antigua Hermo, y no cabe duda que a sus habitantes perteneció (pues de Illici no podía ser, porque no hay absolutamente nada de romano en este busto), *la Dama de Hermo* y no de *Elche* se la debía llamar. Pe-

re ya es tarde; su fama es universal, todo el mundo se ha familiarizado con el calificativo de *la Dama de Elche*, y así se la seguiría llamando aunque se llegara a averiguar su verdadero nombre.

El busto es de piedra arenisca blanca, muy blanda, y estuvo policromado. El tocado es muy complicado. Cubre la cabeza una mitra plana por delante y combada por detrás: esta mitra no es puntiaguda, sino redonda en el borde inferior: sus dos faces se cortan en arista viva.

Está cubierta con un velo rojo, cuyo borde retornando cuatro veces sobre sí mismo, for-



Núm. 1.—La Dama de Elche.
(El original, en el Museo del Louvre.)

ma, encima de la frente, como una venda a cuatro pliegues estrechos y planos. Por detrás, el velo cae sobre la nuca en estrias verticales que parecen indicar los pliegues. Sobre el velo está adaptado un adorno extraño.

Se compone de una banda plana aplicada sobre la mitra y que la rodea y cierra como



Núm. 2.—Cabeza de mujer en piedra hallada en el Cerro de los Santos.



Núm. 3.—Estatuilla de barro cocido del Dios Bael, encontrada en el cementerio de Etesa (Arte púnico).

una corona, más ancha por delante que por detrás. Encima de la frente va ornada con una triple fila de pequeñas bolas. La primera está colocada en el borde, y cae en pendeloques sobre los pliegues del velo. Sin duda, esta diadema era de metal. El resto de la indumentaria se ve tan claro en el grabado, que no necesita descripción.

Pasada la primera impresión de extrañeza que esta escultura produjo, los arqueólogos



Núm. 4.—Joya del Bósforo. Pendiente descubierto en Panticapea, en la tumba de una sacerdotisa de Deméter.

les se advierte un tocado que tiene con el de la Dama de Elche muchos puntos de semejanza. Más que toda descripción informarán de esto a los lectores los gráficos que acompañan (núm. 2).

Además, en las excavaciones que hace pocos años se efectuaron en Ibiza, en el cementerio de la antigua Eresa—ciudad que fundaron los cartagineses—, entre multitud de esculturas en barro cocido que allí se encontraron, aparece ésta (núm. 3), cuyo collar es del mismo tipo que el de la escultura de que tra-



Núm. 5.—Joyas árabes españolas.

tamos; y en Oriente, en el Bósforo, se han encontrado multitud de joyas de gran valor en la sepultura de una sacerdotisa de la diosa Deméter, en Panticapea, entre las cuales hay un pendiente (núm. 4) que, aunque de arte más refinado, tiene en muchos detalles el mismo carácter. No cabe, pues, dudar del origen oriental de estas joyas, y por si las pruebas aducidas no pareciesen suficientes, en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid se guardan otras joyas árabes-granadinas (núm. 5), que tienen el mismo *aire de familia*.

Es más: todavía aquí, en España, usan hoy las *Charras*, de Salamanca, y las *Maragatas*, de León, collares y pendientes del mismo carácter, por lo grueso de las cuentas y la forma de los colgantes (núm. 6). El abolengo árabe de los hijos de estas regiones es bien conocido.

No encuentro, pues, nada aventurado el clasificar el busto de Elche como una obra ibero-greco-oriental.



Núm. 6.—Maragata. (Provincia de León).

Los griegos colonizaron en las costas orientales de España, desde una antigüedad muy remota, en competencia con los fenicios. Alejados así de su patria de origen, no pudo su civilización lograr el mismo desenvolvimiento que la de sus paisanos, y eran muchos—seguramente la mayoría—los que no habían visto Grecia. Siguiéron, pues, para muchas cosas, en el estado en que Grecia se hallaba

hispanófilos pudieron comprobar que este original tocado tiene sus precedentes en España, y los tiene también en Oriente. En el famoso *Cerro de los Santos*, provincia de Albacete, se habían encontrado ya, el año 1870, entre las ruinas de un templo pagano ibérico, multitud de esculturas, en algunas de las cua-

cuando la abandonaron, porque desde entonces sólo un eco de la patria recibían de allá, por las referencias que los navegantes y los nuevos emigrantes les traían. De ahí el carácter arcaico que en esta escultura se nota.

Por otra parte, no les era posible, a los helenos de aquí, sustraerse a la influencia oriental que en la Península reinaba con el comercio de los fenicios, los cartagineses y el de los

mismos griegos, que también traficaban con el Oriente desde Egipto.

Esta imagen, pues, pudiera ser muy bien el retrato de una dama acaudalada de la colonia griega de Hermo, y, como las del *Cerro de los Santos*, constituir un exvoto que dedicara en el templo a sus dioses.

MANUEL ANGEL

EL TRABAJO A DOMICILIO

CON las siguientes palabras de Brocard comienza el mejor libro que se ha escrito acerca del trabajo a domicilio (Paul Boyaval), *La lutte contre le sweating-system*: "Hay que felicitarse de que de todos los horizontes de la conciencia humana, por cima de la lucha de los partidos y de los conflictos doctrinales, se eleva al unísono este principio que expusieron antes que nadie los canonistas, que hicieron suyo después los socialistas y que hoy en día aceptan todos: *el hombre tiene el derecho de vivir de su trabajo*."

En la gran industria, cuyos males están más a la vista, ese principio se hace realidad, o por espontánea conciencia de los deberes patronales, o por imposición de los trabajadores, a que la ley sirve de cauce.

Pero no sucede lo mismo en el casi ignorado mundo de la industria a domicilio, en el que se dan factores singularísimos, conducentes al envilecimiento de los salarios, a las jornadas de trabajo agotadoras, al desprecio de toda norma de higiene.

Esos factores característicos son hijos del lucro, vicio social que ciega a los patronos, servidores interesados del consumidor no menos codicioso que aquél, siquiera su responsabilidad sea indirecta, de que se produzca barato.

Por eso en el trabajo a domicilio convergen, para atenuar al obrero, un público socialmente ineducado y sin preocupación moral, que pide gangas y apresura, esclavo de las modas y las estaciones; un patrono comerciante, las más de las veces, que sirve a aquél, pero exige su parte en el precio; intermediarios entre el patrono que centraliza la venta y los dispersos y especializados obreros; intermediario que demanda también su parte en el bajo precio de la demanda, mermado por la ganancia del patrono, y, por último, los enjambres laboriosos que mutuamente se desconocen, que se reclutan entre los actores del drama de la vida en las clases media y baja, insolidarizadas, y difícilmente solidarizables, los que la máquina arruina, porque son más hábiles que ella.

En tiempos, el hogar trabajador fué una forma lógica y laudable de producción, con indiscutibles ventajas en el orden familiar, desde todos los puntos de vista.

Hoy mismo lo es, considerado en sí mis-

mo, idealmente; pero el moralista observador no puede desconocer que rara vez se da el caso de la buena tradición y que no es idílico precisamente el cuadro de los talleres donde se sacia el apetito del gran público de la ropa blanca, de la confección de la encajería, los juguetes, el calzado, etc.

Pero tardó en demostrarse la gravedad del problema, y aun hoy, el Estado y los particulares, compadecidos de los obreros a domicilio, tienen que vencer grandes resistencias para conquistar a la opinión y, de su brazo, poner coto a los abusos apuntados.

Hubo que recurrir a grandes informaciones, a exposiciones de objetos elaborados a domicilio con carteles indicadores de los ínfimos salarios y las agotadoras jornadas, a constituir Asociaciones o Ligas de compradores dispuestas a educar al consumidor y a luchar contra la codicia de patronos e intermediarios abusivos, y con éstos y parecidos expedientes, que si no resolvían el problema ayudaban a resolverlo despertando a la conciencia colectiva, se intentó el remedio legal; convencidos los gobiernos, como los especialistas en la materia, de que se imponía la intervención como único medio eficaz de evitar el abuso, compendio de todos los que afectan al obrero domiciliario; es a saber: la depresión de los salarios.

Para remedio de los demás síntomas del mal existe copiosa legislación en Alemania, Austria, Bélgica, los Estados Unidos, Francia, Hungría, Inglaterra, Australia y Suiza. Leyes orgánicas que vayan a la entraña del problema, sólo se han dictado las siguientes:

Australia y Nueva Zelanda.—Varias leyes, ya codificadas, estableciendo Comités de salarios para la fijación del salario mínimo.

Gran Bretaña.—Ley de 20 de Octubre de 1909 creando parecidos Comités en cuatro de las principales industrias a domicilio.

Alemania.—Ley de 20 de Diciembre de 1911 sobre el trabajo a domicilio (sin principio obligatorio para el salario).

Francia.—Ley de 10 de Julio de 1915 sobre el salario de las obreras a domicilio en la industria del vestido.

De estas leyes, la que ha despertado mayor interés es la inglesa, que recogió de las australianas el principio de la fijación del salario mínimo por Comités mixtos de patronos, obreros y representantes del Gobierno, que

deliberan sobre los tipos a fijar por tiempo o por piezas, según las modalidades del trabajo, y cuyas decisiones son de cumplimiento obligatorio. Establece multas para los patronos que infrinjan lo dispuesto (hasta 20 libras esterlinas y 5 más por cada día que siga la infracción por corregir) y autoriza la inspección de los locales de trabajo.

En España hace ya algún tiempo que se ha llamado la atención de los Poderes públicos sobre el problema del trabajo a domicilio. La "Sección española para la protección legal de los trabajadores" y valiosos elementos de acción católica, que ya habían iniciado la sindicación de esta clase de obreras, han sido los principales promotores del asunto, que tiene hoy en estudio, según sabemos, muy avanzado, el Instituto de Reformas Sociales.

Recientemente, y a la par que un Congreso especialmente dedicado al problema, se celebró en Barcelona una Exposición de trabajos efectuados a domicilio, y en ella el público pudo comprobar, como en la celebrada en Zaragoza en 1911, la misera condición de las infelices víctimas de los salarios de hambre.

Pronto se formulará un proyecto de ley reglamentando esta clase de trabajo, que no debe prohibirse, ciertamente; pero que no puede continuar sometido a una forma de explotación arcaica, agotadora, cruelmente inhumana.

En este caso es el imprudente interés del consumidor uno de los mayores obstáculos que hay que vencer, disipando la fascinación de lo barato. Fué un ilustre jesuita, el padre Vaughan, quien acertadamente dijo:

"Opino que negarse a conceder un salario mínimo a nuestros hermanos sin defensa es un crimen contra el obrero, un crimen contra el país, un crimen contra el mismo Dios" (1).

PEDRO SANGRO Y ROS DE OLANO

(1) Aparte la citada obra de M. Boyaval, pueden consultarse: Cotelle, *El Sweating-System*; Meny, *El trabajo a domicilio y el trabajo barato* (hay traducciones al castellano, publicadas por la CASA EDITORIAL CALLEJA); Castroviejo y Sangro y Ros de Olanó, *El trabajo a domicilio en España*, y para el texto de las leyes, el *Boletín de la Oficina Internacional del Trabajo*.

LA PARALAJE DEL SOL Y LOS PASOS DE VENUS

De ninguna manera puede darse mejor idea de la importancia para la Astronomía de la observación de los pasos de Venus ante el disco del Sol que comparando el conocimiento que tenemos de nuestro sistema planetario con el que tendríamos de una comarca o de un edificio cuyo plano esté perfectamente hecho, pero sin escala. Esa escala, tratándose de nuestro sistema planetario, es la distancia que nos separa del Sol, y esa distancia no es conocida con toda la precisión que los cálculos astronómicos exigen. La observación de los pasos de Venus ante el disco del Sol tiene, precisamente por objeto determinarla exactamente; pues aunque a primera vista no se eche de ver relación entre el surco que traza aparentemente Venus en el disco solar al atravesarlo y la distancia que media entre el Sol y la Tierra, la hay muy estrecha, como habrá de verse.

No es ése el único procedimiento que se ha empleado para averiguar esa distancia. Desde luego, se comprende que podría conocerse con precisión absoluta si se dispusiera de una línea de suficiente longitud, comparada con ella, para hacerla servir de base de un triángulo cuyos otros dos lados sean las vi-

suales dirigidas al Sol desde sus extremos, pues el problema se reduciría al sencillísimo de resolver un triángulo, del cual se conocen un lado y dos ángulos. El lado conocido sería aquí la base de que se dispone; los ángulos, los formados con ella por las dichas visuales. El tercer ángulo, que es el que forman las visuales que un observador, situado en el Sol, dirigiera a las extremidades de la base, es, para el caso presente, y suponiendo que esa base sea el radio terrestre, lo que en Astronomía se llama paralaje del Sol.

Pero la línea de que disponemos para base de ese triángulo es pequeñísima, comparada con la distancia que trata de medirse. Se tendrá una idea de su pequeñez considerando que el radio de la Tierra, visto desde el Sol, equivale al tamaño de una peseta visto desde 500 metros de distancia. Los ángulos que formen con esa base las visuales dirigidas desde sus extremos al objeto situado a tal distancia de ella, parecerán suplementarios entre sí por escrupulosamente que se les mida; el tercer ángulo resultará nulo, y las líneas que habrían de formarlo, paralelas en la apariencia. Aun suponiendo que pudiera determi-

narse la pequeña diferencia que realmente hay entre sus direcciones, formarían éstas entre sí un ángulo tan agudo, que resultaría indeterminado su punto de intersección. Y así sucede, efectivamente; porque las mediciones más escrupulosas, fundadas en las observaciones de los pasos de Venus ante el disco del Sol, en 1761, 1769, 1874 y 1882, y en la paralaje del planeta Marte en sus oposiciones de 1860, 1862 y 1877, en que estuvo más cercano que de ordinario a la Tierra, arrojan para la paralaje del Sol valores que oscilan entre $8''.57$ y $8''.96$. De lo poco satisfactorio de esas diferencias dará idea el hecho de representar cada centésima de segundo de la paralaje del Sol una magnitud de 160.000 kilómetros; de modo que la diferencia angular de 39 centésimas de segundo que hay entre las dos cifras anteriores se traduce por una diferencia de más de seis millones de kilómetros en la distancia de la Tierra al Sol.

El paso de un planeta ante el disco del Sol proporciona una manera de determinar el valor de la paralaje de este último astro. Siendo conocida, como lo es, la velocidad del planeta, lo es también el tiempo que tarda en recorrer en el cielo, en la época en que la observación se hace, un arco igual al diámetro aparente del Sol. Supóngase ahora que un observador mide el tiempo que el planeta emplea en atravesar el disco solar. La comparación entre la duración de ese tiempo y la del que emplearía en atravesarlo por su diámetro le dará a conocer la relación entre la cuerda recorrida y el diámetro, y, por consiguiente, la distancia desde esa cuerda al centro del Sol.

Adviértase que el planeta que pueda interponerse alguna vez entre el Sol y la Tierra tiene que ser uno de los inferiores, por ser los únicos cuyas órbitas están más próximas al Sol que la de nuestro globo. Es evidente que si la órbita de ese planeta estuviera en el mismo plano de la órbita terrestre, o sea, en el de la Eclíptica, ocurrirían esas interposiciones en todas sus conjunciones inferiores, que es cuando el planeta y la Tierra se hallan a un mismo lado respecto del Sol; pero teniendo, como tienen, los únicos dos planetas inferiores

que conocemos, Mercurio y Venus, sus órbitas en planos más o menos inclinados al de la Eclíptica, sólo pueden interponerse entre el Sol y la Tierra en aquellas de sus conjunciones en que acierten a pasar por sus nodos o muy cerca de ellos, que son los puntos de sus órbitas en que atraviesan éstas el plano de la Eclíptica. Cuando no pasa un planeta inferior por uno de sus nodos o lo bastante cerca de él para colocarse sobre la misma línea, o próximamente sobre la misma línea, con el Sol y la Tierra, es completamente invisible para nosotros en sus conjunciones inferiores, por presentarnos su cara no iluminada. Pero si la conjunción inferior coincide con el paso del planeta por el nodo o por su cercanía, se le verá destacarse como un pequeño disco oscuro sobre la superficie solar y atravesarla de Este a Oeste, por lo común, en dirección de una cuerda o alguna rara vez en la de un diámetro.

El planeta se halla, pues, muy cerca de la Eclíptica en sus pasos ante el disco del Sol, y siendo muy pequeña la inclinación de su órbita sobre la Eclíptica (como, efectivamente, lo son, tanto la de Mercurio como la de Venus), la cuerda que aparentemente recorre el planeta sobre el disco solar, a la vista del observador que supusimos, puede ser considerada, sin error apreciable, como paralela al plano de la Eclíptica.

Supóngase ahora un segundo observador situado en otra estación que el primero. Verá al planeta atravesar el disco del Sol siguiendo una cuerda paralela también al plano de la Eclíptica, y paralela también a la otra cuerda, por consiguiente, y podrá, lo mismo que el primer observador, determinar la distancia de ella al centro del Sol. De la confrontación de ambas observaciones se deducirá la distancia entre ambas cuerdas paralelas, o, por lo menos, la relación entre esa distancia y el diámetro aparente del Sol, y, por lo tanto, el número de grados, minutos y segundos de arco de la esfera celeste que abarca.

Si las estaciones en que los observadores se sitúan están en los extremos de una cuerda del globo terrestre perpendicular al plano de la Eclíptica, la distancia entre las dos cuerdas observadas

en la superficie solar será paralela a esa cuerda de la Tierra que une ambas estaciones. Las visuales dirigidas desde los extremos de la cuerda terrestre a los de la línea que media entre las dos cuerdas solares se cruzarán en el planeta, formando dos triángulos semejantes, que tendrían por vértice común el planeta observado, y por bases, la dicha cuerda terrestre y la línea que mide la Eclíptica entre ambas cuerdas solares, respectivamente. Podrá establecerse una proporción cuyos términos serán: el uno, la relación entre la magnitud de la cuerda terrestre y la distancia entre las solares, y el otro, la relación entre las distancias del planeta a la Tierra y al Sol.

Ahora bien; por las leyes de Képler, base de la Cosmografía, sabemos el valor de la *relación* entre las distancias al Sol de un planeta, cualquiera que sea, y la Tierra, relación que es uno de los términos de la proporción anterior, y por el valor de ese término conoceremos el del otro, que es la relación entre la magnitud de la cuerda terrestre y la distancia entre las cuerdas solares. Por la magnitud de la cuerda terrestre, siéndonos conocida, podremos saber exactamente, en grados, minutos y segundos, el valor del ángulo bajo el cual la cuerda terrestre será vista desde el Sol, y por una sencilla proporción, el del ángulo bajo el cual se vería desde el Sol el radio terrestre, que es la magnitud angular llamada especialmente paralaje del Sol.

Para completar esta explicación añadiré que la paralaje de un astro está íntimamente relacionada con la distancia que de él nos separa. Una fórmula, a que se llega por consideraciones geométricas sencillísimas, pero que excuso exponer por impropias de este lugar, da el valor de la distancia de un astro a la Tierra en función del radio de ella, del seno de la distancia zenital del astro, es decir, del seno del ángulo formado por la visual dirigida al astro con la vertical del observador, y de la paralaje del mismo astro.

Concluiré esta explicación diciendo que no es indispensable que las estaciones en que los observadores se sitúen sean los extremos de una cuerda del

globo terrestre perpendicular al plano de la Eclíptica; bastando que las cuerdas recorridas aparentemente por el planeta a su paso ante el disco del Sol para ambas estaciones no sean muy pequeñas ni estén demasiado próximas.

Sólo dos planetas pueden pasar entre la Tierra y el Sol: Mercurio y Venus. Los pasos de Mercurio no ocurren más que en Mayo o en Noviembre, y están separados entre sí por intervalos de tres y medio a trece años; los de Venus, sólo en Junio y Diciembre, y a pares, caen uno de esos pares separado del siguiente por intervalos alternados de ciento veintiuno y medio y ciento cinco años, y dentro de cada par el primer paso del segundo por un intervalo de ocho años.

Los últimos pasos de Venus ocurrieron en 1761, 1769, 1874 y 1882, y no se repetirán hasta los siglos XXI y XXII: el 8 de Junio de 2004, el 6 de Junio de 2012, el 11 de Diciembre de 2117 y el 8 de Diciembre de 2125. Pocos de los vivos alcanzarán a ver los dos primeros, y ninguno los dos últimos.

Mercurio ha pasado ya dos veces en el presente siglo ante el disco del Sol: el 12 de Noviembre de 1907 y el 6 de Noviembre de 1914, y volverá a pasar diez veces más: el 7 de Mayo de 1924, el 8 de Noviembre de 1927, el 10 de Mayo de 1937, el 12 de Noviembre de 1940, el 13 de Noviembre de 1953, el 6 de Noviembre de 1960, el 9 de Mayo de 1970, el 9 de Noviembre de 1973, el 12 de Noviembre de 1986 y el 14 de Noviembre de 1999.

Los pasos de Mercurio ante el disco solar no se prestan tan bien como los de Venus para determinar la paralaje del Sol; porque estando el primero de esos planetas muy cernado al Sol, las cuerdas que aparentemente describe sobre su disco para dos observadores, por grande que sea la distancia entre las estaciones en que se sitúen, están siempre demasiado cercanas entre sí para que el método que atrás he explicado tenga exactitud suficiente.

No solamente por la determinación de la paralaje del Sol, se ha tratado de establecer una escala segura para nuestro sistema planetario. Ya en 1672, Cassini trabajó en la averiguación de la paralaje de Marte; y en 1900, los astrón-

nomos reunidos en el Congreso internacional de París acordaron practicar la misma investigación respecto del pequeño asteroide Eros, cuya órbita está en parte dentro del ámbito de la de Marte, acercándose mucho más al Sol en el perihelio que ese último planeta; y a la Tierra, en las circunstancias más favorables, a distancia bastante menor que

la mitad de aquella a que Marte puede estar nunca de nuestro globo.

El resultado de los complicados cálculos que tal investigación entraña no ha sido aún publicado; pero hay razones para creer que se aproxime más a la verdad que el de todos los practicados hasta la fecha.

MANUEL ROSILLO

LA REPRODUCCIÓN DE LOS ÁRBOLES

POR ACODO Y POR ESTACA

Los árboles, en general, se reproducen de cuatro maneras: por semillas, por acodos, por estacas y por raíces. De estos sistemas de reproducción el más conforme con las leyes de la Naturaleza es el primero. Hasta pudiera decirse que es el único, pues la reproducción de una planta por cualquiera otro procedimiento no es propiamente reproducción, sino una como continuación de su propia vida; y tan cierto es esto, que la planta que se reproduce durante muchas generaciones por estacas o acodos, acaba por perder la facultad de producir frutos fecundos. Además, la multiplicación de una planta por sus semillas produce individuos diferentes entre sí y diferentes también de la planta originaria, mientras que las plantas derivadas de estacas o acodos son exactamente iguales a aquella de que proceden. He ahí la razón de la necesidad de emplear la reproducción por semillas para mejorar las especies por medio de la selección.

Con objeto de poder atender fácil y cómodamente a los arbustos en el primer período de su vida, se les agrupa en un pequeño espacio, llamado plantel o semillero, palabras que aunque parezcan referirse, y en realidad se refieren, a cosas distintas, suelen emplearse con el mismo significado. Desde el plantel se trasplantan los arbustos antes de que hayan llegado a ser excesivamente robustos, al lugar en que han de quedar definitivamente.

Aunque la reproducción por semillas es la más natural, y también la indispensable en muchos casos, es también la

que más tiempo requiere, y por eso la menos empleada.

La reproducción por estacas o acodos se funda en la propiedad que tienen las ramas de muchos árboles de arraigar cuando se las fija en la tierra. El acodo difiere de la estaca en seguir formando parte del vegetal primitivo al mismo tiempo que del nuevo, hasta que este último haya perfectamente arraigado y goce de vida propia. La estaca es una rama del árbol principal, completamente separada de él y plantada en tierra para que arraigue por sí sola. Uno u otro procedimiento pueden emplearse; pero no en todos los casos indistintamente, sino según la planta de que se trate y las circunstancias en que se encuentre.

El acodo puede hacerse de varias maneras. Una de ellas consiste en acercar tierra a la rama de modo que pueda ésta quedar envuelta en ella sin necesidad de doblarse mucho. Este procedimiento se emplea cuando el árbol que quiere reproducirse es de los de madera quebradiza, que no permite encorvar excesivamente sus ramas. Otra manera, y es la más comúnmente empleada, se reduce a abrir un hoyo cerca del pie del árbol y enterrar en él la rama que ha de constituir el nuevo árbol, sin separarla del primero; cuidando de dejar descubierta la extremidad de la rama. Esta operación se facilita cortando de raíz el árbol primitivo un año antes y empleando como acodos los hijos o plantones que de él brotan, los cuales, por su flexibilidad y por su cercanía al suelo, se prestan

muy bien a toda la manipulación antedicha.

La reproducción por acodos debe practicarse hacia la primavera. Conviene, para su buen éxito, suprimir aquellas ramas verticales del árbol madre que pudieran atraer hacia sí la savia, impidiendo o dificultando a ésta que siga la dirección, más violenta y forzada, que necesita tomar para nutrir los acodos.

En el primer otoño suelen ya tener éstos raíces bastantes para vivir por sí. Entonces debe cortárseles del árbol y llevarlos al plantel. A veces no han arraigado aún lo suficiente en el primer otoño, y en tal caso conviene dejarlos hasta el siguiente.

La reproducción por estaca es mucho más sencilla, y se reduce a enterrar la rama cortada del árbol madre, rama que es la llamada estaca, de que el procedimiento recibe su nombre. Practicase de varias maneras, de las cuales las más empleadas son las siguientes: Primera: tender en una hoya la rama y cubrirla de tierra, dejando al aire su extremo superior. Segunda: hincar verticalmente la rama en la tierra, sistema que suele seguirse en la reproducción de árboles acuáticos. Tercera: enterrar tendida una rama tierna, a la cual se han dejado todas sus ramitas laterales, y cubrirlas todas de tierra menos el extremo inferior de la rama principal, o sea, el más grueso, el cual ha de quedar al aire. Este sistema conviene mejor que ningún otro para la reproducción del granado. Cuarta: enterrar del mismo modo una rama grande con todas sus ramitas laterales, dejando los extremos de éstas al aire y cortándolos de modo que sólo salgan cinco o seis dedos de la superficie de la

tierra. Este sistema es muy común en Flandes y en los Países Bajos, donde todos los cultivos se hacen con perfección insuperable. Aquí suele emplearse en la multiplicación del olivo y de árboles acuáticos, y también para formar enramadas en las orillas de los ríos. Las ramas empleadas como estacas deben tener un año o dos, y el terreno en que se las plante ser de la mejor calidad y estar perfectamente desmenuzado, debiendo, además, regársele con frecuencia, para mantenerlo fresco, aunque no excesivamente húmedo. Para evitar la evaporación de la savia de las estacas debe privarse de hojas la parte de ellas que queda fuera de la tierra.

El sistema de reproducción de un árbol por sus raíces se funda en la propiedad que tienen éstas de formar un nuevo tronco cuando les falta el que antes tenían, y hacerlo crecer y desarrollarse enviándole la savia que chupan de la tierra. Tal es el origen de los plantones o hijos que salen muchas veces alrededor de los árboles, a cierta distancia del tronco. El procedimiento de que estoy tratando se emplea mucho para la reproducción del olivo, y se reduce a enterrar un trozo de la raíz del árbol, y a regar el terreno así plantado para mantenerlo en el punto de humedad conveniente.

Cuando las plantas que han de convertirse en arbustos, cualquiera que sea el procedimiento que se haya empleado para producirlas, tengan ya raíces suficientes para poder ser trasplantadas sin peligro, se las lleva al semillero o plantel donde han de crecer y desarrollarse hasta su definitivo trasplante.

TOMAS DE MARTOS.

BERRUGUETE Y SU OBRA

por RICARDO DE ORUEJA

(TEXTO EN ESPAÑOL Y EN FRANCÉS)

Obra premiada por el Ateneo de Madrid. Es el primer estudio de conjunto acerca de este gran escultor español del Renacimiento.

CON 166 FOTOGRAFADOS

En rústica, 10 pesetas.—En tela, 12 pesetas

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876
28, Calle de Valencia.

MADRID

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTÓN LEROUX

LIBRO PRIMERO

RESUMEN DEL FOLLETÍN ANTERIOR: Un académico francés, Francisco Gaspar Ozoux, y su sobrino Raimundo, llegan al puerto del Callao. Va el primero, con una misión científica, a estudiar las antigüedades incaicas; al joven, ingeniero, más que el interés de su profesión, le lleva al Perú su amor por María Teresa, hija del marqués Cristóbal de la Torre, a la que conoció en París, donde ella se educaba. Vuelta al Perú, al morir su madre, se pone al frente de una explotación de guano, que rige con claro talento mercantil, mientras el bondadoso marqués, harto poco aficionado a quehaceres materiales, se dedica a vagos estudios históricos. Corre el ingeniero, dejando a su tío desembarcar con su impedimenta, en busca de María Teresa, a quien encuentra en su oficina. Por una colisión con los obreros chinos, acaba de despedir a sus empleados indios, el principal de los cuales, Huáscar, que pertenece a la casa desde el tiempo de la madre de María Teresa, es muy respetado por todos. Salen los jóvenes hacia el puerto para recoger a Francisco Gaspar, y María Teresa, por precaución, da aviso al inspector de policía de la marcha de los indios, cuya ausencia se advierte por todas partes. Pero se justifica por la proximidad de la fiesta del Interaymi, que los quichuas celebran cada diez años y que a la sazón tiene inactivos al ejército presidencial y a los revolucionarios del pretendiente García, porque uno y otro emplean tropas indias. Llegados al puerto, encuentran al académico francés, el cual se dirige a María Teresa con esta pregunta:

—¿Qué tal le va con el guano?

(CONTINUACIÓN)

LA COQUETERÍA DE LAS LIMEÑAS

Porque los Ozoux, que la habían conocido tan joven, tan risueña, tan "niña", aún no "habían salido del asombro" que les causó la repentina resolución que tomó la joven, a la muerte de su madre, de regresar inmediatamente al Perú para dirigir una de las más importantes explotaciones de un abono natural que tiende a desaparecer de esas islas maravillosas, productoras, durante largo tiempo, del mejor guano del mundo.

Pero María Teresa no podía olvidar que en el Perú tenía una hermana y un hermano de corta edad, Isabel y Cristóbal, y conocía a su padre, que era aún más niño que ellos tres y que no sabía hacer más que gastar a lo gran señor, en sus viajes a París, todo el dinero que había ganado su madre.

Esta, hija de un armador de Burdeos, se había casado con el seductor marqués Cristóbal de la Torre, agregado a la Legación del Perú en el momento en que más necesidad tenía el apuesto aristócrata de dorar sus blasones. Se conocieron en Pontailac durante la temporada de baños. Al invierno siguiente, la marquesa se embarcaba con rumbo al Perú, al cual aportaba, a más de su dote, su espíritu

práctico, su disposición para los negocios y un talento comercial poco común, lo que le permitió emprender, con gran desesperación de su marido, aquel negocio del guano, mientras los demás se arruinaban buscando oro en un país en el que había más que en el resto del mundo, pero que en aquella época carecía de medios de comunicación. Sin embargo, el marqués, viendo que podía sacar cuanto dinero quisiera de una caja siempre repleta, perdonó a su mujer el delito de haberle hecho tan rico, y a la muerte de aquella no manifestó excesiva sorpresa el descubrir en la hija las útiles virtudes de la madre. La dejó hacer su voluntad y le agradeció infinitamente su propósito de ocuparse de todos los asuntos serios.

—¿Y en dónde está mi querido Cristóbal?— preguntó el tío Francisco Gaspar, mientras vigilaba la descarga de su equipaje.

—No le esperaba a usted hasta mañana... ¡Ya verá usted qué recepción! La Sociedad de Geografía le prepara una recepción solemne, Mr. Ozoux!...

Una vez depositada en la Administración la maleta que contenía los documentos, Francisco Gaspar consintió en subir al automóvil, que tomó a toda velocidad el camino de Lima

María Teresa quería llegar antes de la noche, que tan rápidamente sobreviene en aquellos países.

No bien dejaron a su espalda la población, formada por casas de adobes (ladrillos cocidos al sol), y por alguna que otra "villa" de buena apariencia, bordearon una especie de pantano cubierto de cañas y juncos, mezclados con grupos de plátanos y de tamarindos de tonos rojizos, y con bosquecillos de eucaliptos y de pinos araucarias. El paisaje estaba abrasado por el sol, por una sequía jamás mitigada por el más ligero chubasco, por lo que el campo que rodea a Lima y al Callao resulta medianamente seductor. Un poco más lejos vieron cabañas de bambú y barro.

Tal aridez, general en esta parte del Perú, hubiera dado a la región un aspecto de increíble desolación si de cuando en cuando no hubiera aparecido alguna "hacienda", granja rodeada de un verde oasis, con sus arrozales y sus campos de cañas de azúcar y de maíz. Por los campos angostos y arcillosos que iban a parar a la carretera pasaban bueyes, carretas y rebaños conducidos a la granja por pastores a caballo, y esta animación formaba un contraste inesperado con la aridez que alrededor reinaba. Y el tío Francisco Gaspar, no obstante los saltos del carruaje en aquella carretera mal cuidada, tomaba notas y más notas... Pronto distinguieron, juntamente con los contrafuertes de la cordillera, los campanarios y las cúpulas que dan a Lima aspecto de ciudad musulmana.

Llegaron bordeando el Rimac, arroyo junto al cual los negros pescadores de cangrejos caminaban inclinados, llevando atado a la cintura un saco que sumergían en el agua, para que se conservasen vivas las víctimas que encerraba. Raimundo se puso muy contento: deliraba por los cangrejos. Al confesar su glotonería a María Teresa, le chocó el aire preocupado de la joven y la preguntó cuál era la causa de su preocupación.

—Una cosa extraordinaria—dijo—; no se ve un indio.

Pero ya llegaban a Lima, a la famosa ciudad de los Reyes, fundada por el Conquistador. María Teresa, que amaba a Lima por lo que tenía de original, tuvo la coquetería de dar un rodeo, exponiéndose a destrozar los neumáticos del automóvil en los puntiagudos guijos, recogidos del lecho del Rimac, para empedrar las calles. E inmediatamente se hallaron en un rincón en extremo pintoresco. Las casas desaparecían bajo las galerías de maderas adosadas a las paredes. Estas galerías parecían verdaderas cajas talladas. Adornadas con enrejados y arabescos, semejaban pequeños retretes suspendidos en el espacio, y con su aspecto coquetón y misterioso recordaban los miradores turcos. Sólo que no era raro vislumbrar, en la penumbra de aquellas galerías, los más lindos palmitos del mundo, los más seductores rostros de mujeres que no se ocultaban, ni mucho menos. La limeña tiene fama de hermosa y de coqueta. En aquellos barrios, salían envueltas en la "mantilla", ese amplio mantón negro que cubre la cabeza y los hombros y que ninguna otra sudamericana sabe llevar con

tanta gracia. Como el jaique de las moras, la "mantilla" oculta el rostro, dejando ver tan sólo dos enormes ojos negros. Al entreabrirse, de cuando en cuando, permitía a Raimundo admirar al paso facciones armoniosas y una tez mate que hacía más blanca a la misteriosa sombra en que se envolvía. El joven no disimulaba su entusiasmo, lo que le valió una reprimenda de María Teresa.

—¡Decididamente, resultan demasiado lindas con la mantilla!—dijo—. ¡Voy a enseñarte europeas!...

E hizo dar media vuelta al automóvil, que los llevó a los barrios nuevos, a las calles anchas, a los paseos, desde los cuales se descubre el magnífico panorama del campo y de los Andes cercanos. Atravesaron el "paseo de Amancaes", que lleva el nombre de la flor color de oro, y allí, María Teresa no cesó de devolver saludos. Estaba en pleno barrio aristocrático. Allí, la negra mantilla de las limeñas había sido reemplazada por los tocados al estilo de París, porque la "mantilla", demasiado discreta, le está vedada por la noche a toda mujer "distinguida". Era la hora del paseo, del café, en donde se pasa el tiempo tomando helados y charlando de amores, de trapos y de política. Llegaron cuando las primeras estrellas aparecían en el horizonte, como para un baile, sin nada a la cabeza. El gentío era inmenso y los carruajes avanzaban lentamente. Las mujeres, engalanadas y con una flor prendida en el pelo, paseaban en carretelas. Los muchachos, agrupados en torno a una fuente en el centro de la plaza, les sonreían, las saludaban...

—¡Esto es rarísimo; no se ve un indio!—murmuró María Teresa.

—¿Vienen por estos barrios?

—¡Ya lo creo!; siempre vienen a ver el desfile de la Plaza Mayor.

De pie, delante de un café, peroraba un grupo de mestizos. Los nombres de García y de Veintemilla, el presidente de la República, corrían de boca en boca entre comentarios más o menos amables. Un comerciante se lamentaba expresando el temor de que volviese la era de los "pronunciamientos".

El auto dió la vuelta a la Catedral y no tardó en aventurarse por una calle bastante estrecha. Como María Teresa viera el camino libre, puso el auto a mayor velocidad, pero de repente lo paró en firme, sin poder evitar que se desviase ligeramente. Había estado a punto de arrollar a un hombre que permanecía en medio de la calle, inmóvil, orgullosamente embozado en su poncho. Reconocieron al indio.

—¡Huáscar!—gritó la joven furiosamente.

—¡Huáscar le ruega a usted que no pase por este camino, "señorita"!

—¡El camino es de todo el mundo, Huáscar! Vete!

—Huáscar no tiene nada que decir a la señorita. ¡El carruaje pasará por encima de Huáscar!...

Raimundo quiso intervenir; pero María Teresa se lo impidió con un ademán.

—Escucha, Huáscar: tu conducta es extraña—dijo la joven—. ¿Quieres explicar-

me por qué no se ve un indio en la ciudad?...

—Los hermanos de Huáscar hacen lo que quieren. ¡Son hombres libres!...

La joven se encogió de hombros, pareció reflexionar, y luego, accediendo al ruego del indio, se dispuso a tomar otro camino. En el momento de alejarse, se volvió y, preocupada, dijo al indio, que no se había movido.

—¿Sigues siendo amigo mío, Huáscar?

Al oír estas palabras el indio, se descubrió lentamente y levantó los ojos hacia las primeras estrellas, como si quisiera poner al cielo por testigo de que María Teresa no tenía en el mundo un amigo mejor que Huáscar. Esta fué su única respuesta.

La joven le gritó “¡adiós!”, y el auto se alejó.

Se detuvo ante un magnífico hotel, cuyo portero se precipitó al encuentro de María Teresa. Pero otra persona se le adelantó. Era el marqués Cristóbal de la Torre, cuyo carruaje acababa de llegar también en aquel momento. Lanzó un grito de verdadera alegría al ver a los viajeros, a quienes no esperaba hasta el día siguiente. Saludó a Francisco Gaspar con palabras retumbantes, y señalándole la puerta de su hotel, le dijo:

—Apéese, señor, y descanse; aquí está usted en su casa (1).

El marqués era un hombrecillo excesivamente elegante. Se “componía” lo mismo que un muchacho y no perdonaba medio que le permitiese aumentar en una pulgada su estatura, cuya exigüidad trataba de disimular calzando botas de tacones muy altos. Era vivaracho, bullicioso, una polvorilla. Cuando se movía, y era raro que permaneciese quieto, todo brillaba en él, sobre él y en torno de él; sus ojos, su llamativa corbata, sus alhajas; y cuanto le rodeaba parecía como iluminado. Este movimiento incesante no era un obstáculo para que tuviese los modales más distinguidos del mundo, ni para que pudiera conducirse como un gran señor hasta en circunstancias en que otros, para lograrlo, hubiesen tenido que echar mano de toda su serenidad, su orgullo y su severidad. Su mayor alegría, fuera de su círculo y de la geografía, era hacer diabluras con su hijo Cristóbal, niño de siete años.

Parecían dos chiquillos escapados de la escuela, y escandalizaban la casa con sus juegos, en tanto que Isabelita, que iba a cumplir seis años y que era muy amiga de la “etiqueta”, les reñía pomposamente con modales de infanta.

El hotel del marqués tenía la popularidad de ser semimoderno, semihistórico. Cuando menos se esperaba hallábanse en él curiosísimos rincones de caserón antiguo. Cristóbal había hecho transportar a su casa vetustos lienzos de pared de madera, galerías muchas veces centenarias, trozos de escaleras carcomidas, muebles rústicos de la época de la Reconquista, tapices descoloridos; en fin, todos los restos que había ido recogiendo piadosamente por todas las ciudades del Perú, en que habían vivido sus antepasados, y, como es

natural, a cada objeto le correspondía una anécdota, de la que nunca se libraba el visitante benévolo. En esta morada histórica, el tío Francisco Gaspar y su sobrino Raimundo fueron presentados a dos señoras ancianas que parecían haberse desprendido de un lienzo de Velázquez y haber caído al suelo, del que ya no podían levantarse. La tía Inés y su anciana dueña Irene, vestían con arreglo a la moda de los tiempos pretéritos, y se hubiera dicho que habían sido transportadas al hotel con todas las antigüedades. Se pasaban la mayor parte del día refiriéndose cuentos para infundirse miedo. Todas las leyendas del Perú habíansen refugiado en aquel rincón, al que todas las noches, después de cenar, acudían, temblando, a escucharlas los dos Cristóbal, padre e hijo, y la infantita Isabel, en tanto que al otro extremo de la habitación, María Teresa, a la luz de la lámpara, ponía al día su correspondencia con los encargados de sus almacenes de guano.

Francisco Gaspar experimentó una alegría inmensa al encontrar aquellas imágenes vivientes de la Nueva España en un escenario en el que sentía exaltarse más y más su imaginación. Inmediatamente se hizo amigo de las dos damas, corrió a mudarse de traje, volvió en seguida a reunirse con ellas y a la hora de comer se sentó a la mesa entre ambas. Comenzaban ya sus relatos, cuando María Teresa creyó deber hablar de cosas serias, y puso a su padre al corriente de lo ocurrido entre indios y chinos. En cuanto se enteraron de que María Teresa había despedido a los indios, Inés criticó aquel acto e Irene se lamentó. Según ella, la joven se había conducido con mucha imprudencia, precisamente en vísperas de la fiesta del “Interaymi”. El marqués fué de su opinión, y cuando supo que también Huáscar se había marchado, puso el grito en el cielo. Huáscar siempre había sido muy adicto a la casa, ¿qué había pasado para que la abandonase de una manera tan brusca? María Teresa explicó brevemente que, desde hacía algún tiempo, no le agradaban los modales de Huáscar y que se lo había dado a entender.

—Eso es otra cosa—dijo el marqués—. De todos modos, no estoy tranquilo... no veo en los indios su indiferencia acostumbrada... Hay algo en su actitud... hay algo en torno nuestro... El otro día, en la Plaza Mayor, sorprendí una conversación sospechosa entre unos mestizos y ciertos jefes quichuas.

EN VÍSPERAS DE LA FIESTA DEL SOL

—¿Cómo se explica—preguntó Raimundo—que no hayamos encontrado indios desde nuestra salida del Callao y que no hayamos visto ni uno solo en la ciudad.

—¡Ah!, pues por una razón muy sencilla—exclamó Inés—; porque se acerca la fiesta. Tienen reuniones secretas. Desaparecen, ocultándose en la sierra o sencillamente en cuevas sólo de ellos conocidas, en verdaderas catacumbas como las que tenían los primeros cristianos. Basta una orden enviada desde el rincón más escondido de los Andes, para que

(1) En castellano en el original.

se desvanezcan como sombras, para reaparecer luego como una nube de langosta.

—Mi hermana exagera—interrumpió el marqués—; y aquí, para entre nosotros, no son muy peligrosos...

—Pero a pesar de ello estás intranquilo, Cristóbal, tú mismo lo has dicho.

—¡Oh! los creo muy capaces de entregarse a alguna manifestación inesperada...

—¿Acaso se sublevarán alguna vez?—preguntó Francisco Gaspar—. Yo los creía tan embrutecidos...

—No todos lo están... Sí, hemos tenido algunos motines, pero nunca han sido cosa grave.

—¿Son muchos?—interrogó Raimundo.

—Forman las dos terceras partes de la población—respondió María Teresa—. Pero no son más capaces de sublevarse seriamente que de trabajar. La aventura de García es lo que los ha alborotado un poco. Hacía mucho tiempo que estábamos tranquilos. ¿Qué dice el presidente?—preguntó la joven a su padre.

—El presidente no está muy apurado; según parece, esta efervescencia se reproduce cada diez años.

—¿Por qué cada diez años?—preguntó el tío Gaspar, que había sacado su librito de memorias.

—Porque cada diez años los indios quichuas celebran con mayor solemnidad la fiesta del Sol—replicó, inclinando la cabeza, la anciana Irene.

—¿Y en dónde se celebra esta fiesta?—interrogó Raimundo.

—¡Ah! no se sabe a punto fijo—replicó la tía Irene a media voz, como si fuese a confiar a sus oyentes un gran secreto—. Según parece, en esta fiesta llevan a cabo numerosos sacrificios... Las cenizas de las víctimas las arrojan a los arroyos, que de esta suerte arrastran en su carrera los pecados de toda la nación...

—¡Admirable!—exclamó Francisco Gaspar—. ¡Me gustaría asistir a esa fiesta!

—¡Calle usted!—gimió la tía inclinando la cabeza sobre su plato—. En esa fiesta decenal del Sol, hay sacrificios humanos...

—¿Sacrificios humanos!...

—Pero ¿usted hace caso de mi tía?—exclamó riendo María Teresa.

—¡Ya lo creo!—protestó el tío—. ¿Y por qué no hemos de creerla? En las fiestas del Sol, entre los incas, esos sacrificios eran cosa corriente, y mis notas y documentos, las obras de Prescott y todo lo que se ha escrito sobre el Perú, nos demuestran que los indios quichuas, así como han conservado el antiguo lenguaje, conservan aún las costumbres de otros tiempos.

—Pero ¿si se convirtieron al catolicismo después de la conquista española?—observó Raimundo.

—¡Oh, lo que es eso declaro que no es para ellos un obstáculo!—dijo el marqués—. Tienen dos religiones en vez de una, y mezclan los ritos con una inconsciencia estupenda!...

—Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Restablecer el imperio de los incas?

—¿Acaso saben lo que quieren?—replicó María Teresa—. Antes de la conquista española, bajo el imperio de los incas, todos, hom-

bres, mujeres y niños, tenían la obligación de trabajar con arreglo a las fuerzas y facultades de cada uno. Desde que no está sujeto a la inflexible disciplina de los hijos del Sol, el indio no se ha aprovechado de su libertad sino para entregarse a la pereza. De ahí su miseria y una esclavitud material que le hacen recordar la prosperidad de otros tiempos y clamar solapadamente por el restablecimiento del imperio de los descendientes de Manco Capac. Por lo menos eso es lo que he creído comprender de las explicaciones de Huáscar, al cual le respondí que si volviesen aquellos tiempos, sus hermanos no serían más dichosos que ahora, porque han perdido el hábito del trabajo. Por lo que a mí respecta, me alegro muchísimo de haberme desembarazado de la cuadrilla de Huáscar... Me ha costado un chino...; pero no me ha salido caro...

—¿Y es verdad que aún hacen sacrificios humanos?—insistió Raimundo.

—¡No! ¡Qué tontería!—replicó María Teresa.

La tía Inés y la anciana Irene acapararon al tío Francisco Gaspar.

—¡María Teresa no sabe!... ¡Se ha educado en París!... No puede saber... ¡Monsieur Ozoux, escúchenos usted!... No hay por qué reír... hace mal en reírse de esa manera... Porque estamos completamente seguras, ¿lo oye usted?, completamente seguras (¡bastantes pruebas tenemos, señor!) de "que cada diez años (así era como medían el tiempo los incas), cada diez años los indios quichuas ofrecen una esposa al Sol!..."

—¿Cómo que le ofrecen una esposa?—preguntó el tío, que ya ni respiraba.

—Sí, monsieur Ozoux... Le sacrifican una muchacha en secreto, en templos que datan de aquella época, en los que jamás ha penetrado el extranjero...; ¡es horrible, pero cierto!...

—¿Sacrifican una muchacha? ¡La matan!

—¡Sí! ¡La matan! ¡Como "es" para el Sol!...

—¿Cómo la matan!... ¿La queman?

—¡No, no!... ¡De una manera más horrible aún, monsieur Ozoux, sí, más horrible!... La hoguera la dejan para ceremonias mucho menos importantes. Pero en la ceremonia decenal del "Interaymi" ofrecen al Sol una virgen enemiga, la más bella que pueden encontrar y la más noble de la raza enemiga, y "la emparedan viva en el templo del Sol". ¡Si, monsieur Ozoux... como se lo decimos a usted!

María Teresa no podía contener la risa al ver el asombro de Francisco Gaspar. Éste dirigió una mirada de niño rencoroso a quien privan de una diversión. Creyóse obligado nuevamente a defender a las dos ancianas. En todo caso, lo que decían concordaba perfectamente con lo que se sabía acerca de las Virgenes del Sol. Y juzgó la ocasión excelente para lucir su erudición. Los sacrificios humanos se habían practicado siempre entre los incas. Ya ofrecían las víctimas al dios del día, ya al mismo rey, y muchas veces estas víctimas eran voluntarias. Que era lo que sucedía en la ceremonia de los funerales reales, en la que, al par que las lágrimas, corría la sangre por

todas partes. En tales ocasiones todas las mujeres del Inca querían inmolarse.

—Prescott, que en unión de Wiener—continuó el tío Francisco Gaspar—es el que ha escrito la obra más hermosa sobre el imperio de los incas y la conquista del Perú por los españoles, Prescott nos dice, apoyándose en testimonios dignos de fe, que más de mil servidores, esposas y esclavas, eran sacrificadas de esta suerte sobre la tumba del monarca. Y las esposas legítimas eran las que daban el ejemplo, hiriéndose ellas mismas...

—¡Ah, qué locas!... ¡Ah, qué locas!...—exclamó la tía Inés, cruzando las manos.

La anciana Irene se santiguó y murmuró una oración.

El marqués tomó la palabra para felicitar a Francisco Gaspar.

—Todo eso es exacto, mi querido huésped—le dijo—, y veo que nuestros trabajos de la Sociedad de Geografía y de Arqueología no le enseñarán a usted nada nuevo. Tanto mejor; así será más grata nuestra labor. Si usted quiere, mañana mismo, después de la recepción, le llevaré a las excavaciones que he practicado últimamente en los alrededores de Ancon, y allí podrá usted comprobar que al Inca le enterraban con sus útiles más preciosos y con sus mujeres, que debían seguirle a sus encantados palacios del Sol.

—¿Qué quiere decir eso de la "Virgen del Sol"?—interrogó Raimundo.

—Las Virgenes del Sol—contestó Francisco Gaspar con infantil alegría—, "las elegidas", como las llamaban, eran doncellas consagradas al servicio de la divinidad, a las que separaban de sus familias en edad temprana para recluirlas en conventos, en donde vivían bajo la dirección de ciertas matronas ya de edad, las "mamaconas" (1) envejecidas entre los muros de aquellos monasterios. Estas maestras venerables instruían a las vírgenes consagradas en sus deberes religiosos. Se ocupaban en bordar y en hilar, y con la más hermosa lana de vicuña tejían tapices para los templos y telas para el Inca y para el ornato de su palacio (2).

—¡Oh!—murmuró la anciana Irene moviendo la cabeza—; su obligación consistía, sobre todo, en cuidar de la conservación del fuego sagrado que obtenían en la fiesta de Raymi.

—Sí, sí, ya lo sé—aprobó el académico—. Vivían completamente aisladas. Desde el momento en que entraban en el establecimiento, renunciaban a toda clase de relaciones, hasta a las relaciones con su familia y sus amigos. Sólo el Inca y la Coya, o reina, podían entrar en el recinto sagrado. Se vigilaban escrupulosamente sus costumbres, y todos los años se nombraba un inspector para que estudiase la institución y diese su parecer sobre el estado de su disciplina.

—Y ¡ay de la desgraciada convicta de una intriga!—exclamó la tía Irene—. ¡Con arreglo

a la severa ley de los incas, debía ser enterrada viva, y la ciudad o el pueblo a que pertenecía era completamente arrasado y "cubierto de piedras", como para borrar el recuerdo de su existencia!...

—¡Eso es!—aprobó Francisco Gaspar.

—¡Delicioso país!—dijo Raimundo.

—¡Ah, hijo mío, esto prueba que estaba admirablemente civilizado, puesto que hasta en las ceremonias de sus templos encuentras las costumbres de la antigua Roma!... ¡Ah! Cuando Cristóbal Colón abordó a la costa en donde sólo vió salvajes desnudos y toscamente armados, no sospechó que tras de aquellas tribus primitivas, en la costa opuesta había todo un mundo con sus costumbres, sus monumentos, su historia, sus leyes y sus conquistas; dos pueblos: el de los aztecas, en Méjico, y el de los incas en el Perú, que hubiesen podido rivalizar con la civilización mediterránea. Es como si un príncipe de Oriente hubiese descubierto el mundo antiguo desembarcando en la Escitia. ¡Hubiera podido volverse a sus estados creyendo que no había visto más que un desierto, y sin sospechar siquiera que tras aquel desierto estaba Roma!...

—De todos modos, hubiera dado muestras de ser un poco "corto de alcances"—insinuó tímidamente Raimundo—. El verdadero conquistador, antes de ver su conquista, la adivina...

—Esta gloria les estaba reservada a los Pizarro y a los Cortés—exclamó el vehemente marqués.

—¡Sí, vinieron a destruirlo todo!...—comentó el tío.

Afortunadamente, Cristóbal no le oyó, y él se interrumpió a tiempo. María Teresa, que estaba enfrente de él, le había dado un pisotón por debajo de la mesa. Comprendió y se mordió los labios. Uno de los primeros La Torre, antepasado del marqués, había acompañado a Pizarro en su "obra de destrucción".

Las dos ancianas le habían oído y mostraban algún asombro ante un juicio tan rotundo y tan poco "católico", sobre una empresa que a sus ojos había sido, ante todo, la lucha de la verdadera religión contra los infieles. Pero María Teresa vigilaba y obligó a las dos peruanas a reanudar inmediatamente sus cuentos de viejas.

—Todo eso es muy hermoso—dijo—; pero no prueba que esos sacrificios humanos existan en nuestros días.

—¡Ah, desgraciada, nadie duda más que tú!—exclamaron las dos ancianas al mismo tiempo.

—¿Quién los ha presenciado?

TRES MUCHACHAS EMPAREDADAS VIVAS

La tía Inés movió la cabeza.

—Mira: en mi juventud tenía yo una criada: quichúa, de las orillas del lago Titicaca, que me contaba cómo en el espacio de tres años había visto con sus propios ojos, en la fiesta decenal del "Interaymi", emparedar vivas a tres muchachas de la ciudad.

—¿De qué ciudad?—preguntó Raimundo.

(1) Ondegardo, Rel. Prim.
La palabra "mamacona" significa "matrona", "madre", ya que la primera parte de esta palabra compuesta equivale a "madre".
Véase también Garcilaso.

(2) Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista.

—¡De Lima!

—¡Se sabría!—exclamó Raimundo, a quien hacían mucha gracia las dos ancianas, y a quien María Teresa incitaba solapadamente para que las sacase de sus casillas.

—¡Pues se sabe, joven!—insistió la tía—. Sabemos perfectamente los nombres de las dos últimas muchachas emparedadas vivas en el templo del Sol, la una hace veinte años y la otra hace diez.

—¡Sí, sí, lo sabemos, lo sabemos!—repitió Cristóbal riendo.

Y la dueña repitió en voz baja:

—¡No, no! ¡No hay por qué reírse!...

Pero Cristóbal reía cada vez de mejor gana.

—¡Lloremos a las pobres criaturas!—y fingió llorar—. ¡Arrebatadas al amor de sus padres, en la flor de su edad!...

—Hermano, ¿podrías decirnos cómo han desaparecido Amelia de Vargas y María Cristina Orellana?

—¡Sí, sí, que nos lo diga!—exclamó Irene.

—¡Ya pareció aquello!... ¡ya pareció!... ¡lo esperaba!—replicó el marqués.

—Te ruego que hables con formalidad, hermano. Tú conociste a Amelia de Vargas...

—La muchacha más linda de la Plaza Mayor. ¡De esto hace veinte años!... ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Sí, en efecto, desapareció hace veinte años!... ¡con un pariente suyo!...

—Anteayer oí decir que se trataba de un torero—interrumpió María Teresa—. Según parece, esa historia se trae a colación cada diez años, cuando se acerca el "Interaymi".

—Es una aventura que en sus tiempos aborotó toda la ciudad... Después de una tremolina en la plaza de toros, los padres de Amelia, que la acompañaban, buscaron inútilmente a su hija... Había desaparecido y no volvió a aparecer... Se la llevaron los indios y todo el mundo sabe perfectamente que la emparedaron viva...

—¡Oh, poder de la imaginación popular!... Lo que sucedió es lo que acabo de contar, porque el pariente de que antes he hablado y que la protegía, desapareció al mismo tiempo que ella. ¡Se fueron a vivir a otra parte!

—¡Eso lo dices por decir, hermano!... ¡Afortunadamente, aún nos queda María Cristina de Orellana!...

—¡Evidentemente!—replicó el marqués—. La aventura de ésta fué más triste...; se paseaba con su padre por los alrededores de Cuzco, y entró en los subterráneos cuyas reveltas nadie conoce. Y se perdió. ¿Hay cosa más natural? Entonces fué cuando el Gobierno mandó tapiar los subterráneos (1).

(1) He aquí lo que acerca de esto dice Paul Walle en su "Perú":

"Los incas eran hombres prácticos, que ni durante sus diversiones o sus asambleas gustaban de ser sorprendidos por el enemigo. Y de esta misma plaza del Rodadero arrancaba un subterráneo que tenía varias salidas: una de ellas desembocaba en la colina fortificada; la otra, más larga, iba a parar a un lugar que actualmente ocupa la iglesia de Santo Domingo, edificada sobre el templo del Sol, situado al otro extremo de la ciudad. Pero, estos subterráneos tan interesantes, que podrían constituir tan bello objeto de estudio, han sido obstruidos, tapados por orden del Gobierno, bajo el pretexto de que en ellos se habían extraviado muchas personas."

—Sí, y desde entonces—prosiguió la tía—está loco su padre. Sigue vagando por las ruinas de Cuzco y alrededor de los subterráneos llamando a su hija... desde hace diez años. Que le digan a él que no la raptaron los indios para la ceremonia del "Interaymi".

—¡Pero si tú misma dices que está loco!...

—Perdió la razón al adquirir la certidumbre del horrible sacrificio. Pocos días antes de su desaparición en los subterráneos de Cuzco, María Cristina había recibido un extraño regalo, una maciza y antigua pulsera de oro con un disco en el centro que representaba el Sol.

—Querida Inés, demasiado sabes que en este país los plateros nos aderezan el sol con toda clase de salsas.

—Sí, pero esta pulsera era "la verdadera"... la misma que, según parece, le habían enviado a Amelia...

—¡Ah! ¡Cómo inventas, Inés, cómo inventas! ¡Cómo quieres que con consejos como las tuyas se escriba la "Historia"?... ¡Sobre todo, mi querido huésped, no tome usted notas, se lo suplico!

—No invento nada, testarudo—replicó la anciana—. "Era la verdadera pulsera del Sol de oro", la pulsera del sacrificio... la que desde la muerte del último rey inca, Atahualpa, quemado vivo por Pizarro, envían cada diez años los sacerdotes incas a aquella a quien eligen para esposa del Sol, y que debe ser emparedada viva... ¡No habló poco el pobre Orellana de la "pulsera del Sol de oro"!... ¡Toda la ciudad habló de ella!...

—Sí, sí, Inés, todo el mundo tiene la imaginación muy exaltada cuando se acerca el "Interaymi"!...—e inclinándose hacia Francisco Gaspar, añadió el marqués:

—No puede usted figurarse, querido huésped, lo que los miembros de la Sociedad de Geografía y Arqueología tenemos que luchar... para desembarazarnos de todas estas leyendas... Usted, que es un verdadero sabio...

—¡Oh! el sabio no debe desdénar las leyendas—respondió el académico—, y le aseguro a usted que, por mi parte, estoy muy satisfecho de mi viaje y contentísimo de hallarme en un país en el que aún está tan vivo su recuerdo...

En aquel momento entró un criado y se dirigió hacia María Teresa. Llevaba un cuaderno y una caja.

—¡Un certificado!—dijo—. El cartero vino hace poco y le dije que volviere por la noche... ¡La señorita debe firmar aquí!

María Teresa firmó.

—¡Toma!—exclamó—; viene de Cajamarca... ¡Pues yo no conozco a nadie en Cajamarca! ¿Qué será?... ¿Permiten ustedes?...

Y rompió el bramate, los sellos y abrió la caja de madera.

—¡Una pulsera!—exclamó riendo algo nerviosamente—. ¡Vaya una coincidencia rara!... ¡Palabra!... "la pulsera de la esposa del Sol"!...

Todos se levantaron, excepto las dos ancianas, a las que les faltaron las fuerzas. Todas las miradas se clavaron en el macizo

aro de oro mate, con su disco figurando el sol, cuyos rayos parecían apagados, empuñados por el polvo de muchos siglos.

—¡Ah, vaya una broma ingeniosa!—dijo riendo María Teresa.

—¡Caramba...!—exclamó el marqués, cuya voz parecía ligeramente alterada—¡muy ingeniosa!... Es la venganza más bonita, por lo demás, y muy delicada, del bueno de Alonso de Cuéllar, cuya mano acabas de rehusar. Por eso me decía, con su triste y afectuosa sonrisa: "Me vengaré de la Virgen del Sol..." ¿Como no quieres casarte!... Pero, ¿por qué ponéis esa cara?—añadió volviéndose hacia las dos ancianas—. ¡Vaya, supongo que no iréis a ponerlos malos por una simple broma!

María Teresa hacía admirar la pulsera a Francisco Gaspar y a Raimundo.

—Papá, dile a don Alonso que acepto su regalo, y que le llevaré como prueba de nuestra buena amistad... ¡Es preciosa!... ¡Ya no se hacen estas alhajas!... ¿Qué opina usted, monsieur Ozoux?

—¿Yo?—respondió Francisco Gaspar—, yo juraría que esa pulsera tiene cuatrocientos o quinientos años, por lo menos...

—Todavía suelen encontrarse estos tesoros en las excavaciones que se hacen alrededor de las tumbas reales, pero ya van escaseando... ¡No me chocaría que don Alonso hubiese ido a buscar esta pulsera a Cajamarca!—observó el marqués.

—¿En dónde está Cajamarca?—preguntó Raimundo.

—¡Joven ignorante!...—contestóle su tío—. Cajamarca es, sencillamente, la antigua Caxamarca de los Incas, la segunda capital de su imperio, en la época de Pizarro.

—¡Y la ciudad en donde su último rey fué quemado vivo!—murmuró la voz sofocada de la tía Inés.

Todos se precipitaron hacia ella, porque se había puesto mala. Fué necesario llevarla a sus habitaciones. La anciana Inés, más blanca que sus tocas, la siguió, trazando sobre su frente la señal de la cruz.

¿QUIÉN HA ENVIADO LA PULSERA?

Al día siguiente de la llegada a Lima del tío Francisco Gaspar, se verificó su solemne recepción en la Sociedad de Geografía, cuya admirable labor y cuyos trabajos arqueológicos, estadísticos e hidrográficos (1) supo elogiar con una emoción compartida en breve por todos los presentes. Su triunfo fué enorme, y el genio francés fué, a su vez, celebrado en su persona. Pero el más satisfecho, el más orgulloso era Cristóbal, que se apropiaba parte de la gloria del académico Ozoux.

A la salida de esta sesión memorable, a la cual, como es natural, asistieron Raimundo y María Teresa, quien, a despecho de los lloriqueos de las dos ancianas, se había puesto su pulsera, el marqués se encontró a don Alonso de Cuéllar, muchacho en extremo simpático.

(1) Esta Sociedad se ha encargado también de continuar la obra de Raimundo "El Perú", trabajo cooal en el que colaboran cuantos del Perú se ocupan.

—Querido—le dijo—, yo le creía a usted en Cajamarca.

Don Alonso abrió unos ojos como platos. No comprendía.

—¡Mire usted, Cuéllar... no finja usted asombro! No me enfadaré. Se ha vengado usted muy ingeniosamente de la negativa de María Teresa.

—¿Yo?...

—¡Vamos... la pulsera!...

—¿Qué pulsera?

En aquel momento María Teresa y Raimundo se reunieron al marqués. María Teresa había visto a su padre hablar, riendo, con don Alonso, y creyó que ya se había desvanecido el misterio de la pulsera.

—¡Gracias, amigo mío!—dijo tendiendo a don Alonso la mano en que lucía la maciza joya...—; como ve usted, la llevo en prenda de nuestra amistad.

—Pero yo no me hubiera permitido...—protestó el joven mirando alternativamente al marqués, a María Teresa y a Raimundo.

—¿Habla usted en serio? ¿No ha sido usted?...

—¡Se lo juro!... Pero, ¿qué quiere decir todo esto... y qué pulsera es esa? ...

—¿No la conoce usted? Según parece, es "la pulsera del Sol de oro", que los sacerdotes indios envían a la esposa del Sol en la fiesta decenal del "interaymi"—contestó María Teresa sonriendo como una chiquilla traviesa, porque no le habían convencido del todo las protestas de aquel que había pedido en vano su mano—. Y como usted es quien me ha puesto el nombre que todos me dan en Lima, supusimos que, a pesar de todo, quería usted mostrarse amable con la "Virgen del Sol"...

—¡Siento no haber pensado antes en eso!—suspiró don Alonso.—¡Hubiera sido, efectivamente, una venganza muy bonita, histórica e ingeniosa! Y ya que se propone usted usarla, no me perdonaré nunca el no haber tenido la admirable idea de enviarle esa pulsera. El mérito de este rasgo corresponde, indudablemente, a alguno de esos desgraciados que han aspirado al mismo honor que yo y que no han sido más afortunados... Mire usted, aquí se acerca, precisamente, Pedro Ribera, triste y socarrón. ¡Palabra de honor! ¡Tiene cara de ser el autor de la broma!

Y le llamó. Pedro Ribera tampoco sabía de lo que le hablaban. Lo mismo que Cuéllar, se extasió ante la singular alhaja, y, lo mismo que él, lamentó no haberla enviado.

El marqués estaba ya algo violento y arrepentido de haber hablado de la pulsera a sus amigos. No podía pedirles, sin ponerse en ridículo, que guardasen silencio acerca de una aventura que, después de todo, no era muy desagradable, y sabía que, antes de dos horas, en los paseos, en las horchaterías, en los cafés, en la plaza Mayor, no se hablaría más que de la misteriosa pulsera de la Virgen del Sol. María Teresa comprendió perfectamente lo que sentía su padre.

—Oye, papá, ¡esta pulsera es ridícula! Que desaparezca hasta que el que nos ha dado esta pequeña sorpresa se tome el trabajo de darse a conocer... y no hablemos más de esto!...

Tras estas palabras se quitó la pulsera con

un movimiento lleno de gracia y la guardó en su portamonedas.

—Se me ocurre una cosa—dijo Raimundo.—¿Habrá sido Huáscar?

—¿Huáscar? ¿Por qué había de ser Huáscar?—preguntó el marqués.

—¡Toma! como esta es una alhaja india antigua, y como no conozco más que a ese indio y sé que es muy adicto a su casa de usted, he pensado que tal vez no se le haya ocurrido cosa mejor que regalar a su hija de usted esta pulsera que se habrá encontrado y de la que no sabría qué hacer!...

—¡No hablemos más de ello!... ¡no hablemos más de ello!...—dijo María Teresa ruborizándose ligeramente—¡y ya sea Huáscar u otro cualquiera, nos importa poco!... Y, además, no debemos ser tan impacientes... Mañana o pasado se presentará en casa, de regreso de la Sierra, algún amigo de papá que me dirá besándome la mano: "¿Qué: ¿no usa usted mi regalo?"

—¡Caramba! menester será que eso suceda un día u otro—dijo Raimundo con la mayor tranquilidad.

El marqués, que en el fondo estaba algo inquieto, notó inmediatamente aquella indiferencia de Raimundo. No le pareció natural.

—¡Apuesto a que ha sido usted!—exclamó radiante de alegría.

—¡Cómo!... ¿Yo?... acabo de llegar... ¿cómo quiere usted que haya sido yo?

—Puede usted haber comprado esa alhaja en Guayaquil y haberla expedido a un corresponsal francés de Cajamarca para que él la reexpidiese aquí... ¡sí, sí!... ¡ha querido usted anunciar su llegada!... ¡Debe usted haber leído la leyenda de "la pulsera del Sol de oro" en uno de los libros de su tío!...

—¡Papá, papá!... Monsieur Ozoux es un muchacho formal... un ingeniero que ha venido al Perú para tratar de agotar las minas de oro gracias a un nuevo sifón...

—¡Sí, sí! ya me has hablado de ese sifón. Pero eso no es un obstáculo para que haya enviado la pulsera.

—¿Con qué título, papá?...

—¿Con el título de novio, hija mía!...

Esta vez María Teresa enrojeció hasta las orejas y Raimundo tosió y sonrió como un tonto. El marqués contemplaba a ambos con insistencia y malicia.

—¡Vaya! ¡di que no es cierto!... ¡si crees que no he adivinado!... ¿Me tomas por tonto?... demasiado sabía yo que habías dejado un pedacito de tu corazón en París, y sólo por convencerme de ello te he presentado tantos pretendientes. ¡Ah, monsieur Ozoux, le quiero a usted mucho!... ¡y es usted un mozo afortunado!...

—Caballero...—balbuceó el pobre Raimundo, a quien se le saltaban las lágrimas—caballero... le aseguro a usted que nunca pensé... que nunca hubiera podido pensar...

—¡Calle usted!... Y ponga usted mismo a María Teresa la pulsera de sus esposales...

—¡Y con qué alegría me la pondré esta vez!—exclamó la joven. Y, después de mirarle en torno suyo para cerciorarse de que no había cerca ningún importuno, se arrojó al cue-

llo de su padre, o mejor dicho, cogió a su padre en los brazos, le besó tiernamente, le dejó en el suelo, se volvió hacia Raimundo y, abriendo su portamonedas delante del joven, le cuchicheó rápidamente al oído.

—Di que la has enviado tú... ¿qué te importa?...

Raimundo, temblando, ajustó el aro de oro al brazo de María Teresa. Los oídos le zumbaban tan espantosamente, que le era imposible oír las palabras de triunfo del marqués, el cual estaba radiante de alegría porque había adivinado el secreto de los enamorados y el misterio de "la pulsera del Sol de oro"... Raimundo se contentaba con aprobar con un movimiento de cabeza todo lo que el otro decía.

—¡Ah! como se suele decir, añadió Cristóbal, puede usted jactarse de habernos tomado el pelo...

Y corrió en busca del tío Francisco Gaspar, al cual ofrecían un champagne de honor.

UN PARTIDO DE BOLOS CON CRÁNEOS

Raimundo y María Teresa permanecieron solos unos instantes, durante los cuales se miraron amorosamente. Pero casi en el acto los volvió a la realidad el griterío entusiasta de toda la caterva geográfica. Los jóvenes se dejaron arrastrar por el alud.

—Pero, ¿qué dirá tu padre—preguntó Raimundo—cuando se dé a conocer el que ha enviado la pulsera?

—¡Bah! ¡nos perdonará! Te he hecho mentir para tranquilizarle... porque, en confianza, te diré que los cuentos de la tía Inés y de Irene le han impresionado un poco... Mi padre es un chiquillo. Le queremos mucho, ¿no es verdad?

Los carruajes oficiales, las carretelas, habían sido invadidas ya por los miembros de la Sociedad, que se disponían a visitar en compañía de Francisco Gaspar las últimas excavaciones incas de los alrededores de la ciudad, para dirigirse después, por el ferrocarril, a las excavaciones de Ancón. El marqués se había sentado frente al académico y ambos estaban radiantes. María Teresa les saludó al pasar y les gritó que pronto irían a reunirse con ellos. En efecto, habían convenido en que aquella tarde se reunirían para comer y pasar la noche en la "villa" que el marqués poseía a orillas del mar, entre Lima y Ancón, lo cual permitiría a Francisco Gaspar abandonarse, desde el día siguiente por la mañana, a su pasión científica, porque aquella morada veraniega, atestada ya, como un museo, de los tesoros históricos arrancados últimamente a la tierra, se alzaba, precisamente, en medio de las ruinas.

Pero los dos jóvenes, menos aficionados a las cosas de los muertos que los miembros de la Sociedad de Geografía y Arqueología, se entretuvieron en Lima porque María Teresa quería enseñar a Raimundo a apreciarla y a amarla. Hasta después de dar un largo paseo por Amancaes no pensaron en reunirse con la comitiva. Partieron en automóvil por un camino infernal, amenazados ya por las sombras

(Continuará.)

CURIOSIDADES

LA BANDERA ITALIANA

La actual bandera italiana, verde, blanca y roja, "il tricolore", no es más que una imitación de la bandera francesa, adoptada en Milán el 6 de noviembre de 1706, cuando Napoleón instituyó las milicias lombardas para que se uniesen al ejército francés. Fué consagrada como pabellón nacional en el congreso de Reggio de Emilia el 7 de enero de 1797.

UNA EXPEDICIÓN ÁRTICA

Al tocar en Quebec, el capitán Bernier, que salió en julio de 1916 para visitar los puestos que anteriormente dejara establecidos en los territorios próximos a la bahía de Baffin y llevar provisiones a los hombres que los ocupaban, ha hecho un curioso relato de su expedición.

Al pasar el estrecho de Belle-Isle, su barco corrió grave peligro a causa de los icebergs, allí muy abundantes y, a veces, de enorme masa. Llegó a su destino a fines de Agosto; supo algo más tarde que la expedición americana del "Cluett" estaba seriamente comprometida en la bahía de Parker Snow, Groenlandia, y acudió en su auxilio. Mucho tiempo siguió sus huellas, encontrando sus chozas abandonadas, hasta que, por fin, al hallar vi-veres, armas y carbón en cierta cantidad,

comprendió que se habían embarcado de nuevo. Perdió todos los perros que llevaba consigo desde la bahía de Baffin, pero ninguno de sus hombres enfermó, a pesar de la crudeza de los temporales de nieve.

Cuando llegó a Quebec no tenía noticia ninguna de la guerra, y la creía ya terminada. Muchos de los esquimales que encontraron en su camino seguían los acontecimientos de Europa todo lo ávidamente que se lo consentía la escasez de las noticias que llegan hasta ellos.

A TRAVÉS DE ALASKA

Un inspector del Grand Tronc Pacific, el señor W. H. Ardley, acaba de recorrer territorios de Alaska en una extensión de 10.000 millas. La antigua América Rusa, comprada por el Gobierno americano en siete millones de dólares, produce hoy más de cuatrocientos en oro, cobre, maderas de construcción y pescado. Las pesquerías de Prince Rupert, que han logrado gran desarrollo, dejaron asombrado al Sr. Ardley: en una semana, la pesca ascendió a setecientos cincuenta mil libras. El país es extraordinariamente pintoresco; los americanos lo han dotado de grandes vías de comunicación, y hay parajes en que el ferrocarril pasa bordeando precipicios de 2.000 pies de profundidad.

LIBROS (1)

DERECHO, SOCIOLOGÍA

J. BRYCE.—*Las instituciones sociales en los Estados Unidos*. Trad. por F. Lombardía. 6 pesetas.

DR. GUSTAVO LE BON.—*Primeras consecuencias de la guerra*. Versión española de J. López Olivar. 3,50 ptas.

ANNUAIRE DE LEGISLATION FRANÇAISE, publié par la Société de Législation comparée. 36.^{ème} année (1917). Librairie gén. de Droit et Jurispr. 5 fr.

ARTE Y SUS APLICACIONES

P. DE NOLHAC.—*Fragonard*. Goupil et Cie, Paris. 25 fr.

L. BOIVIN ET H. LECENE.—*Le livre illustré moderne*. (Historie. Technique). Cercle de la Librairie, Paris. 4 fr.

LITERATURA GENERAL

M. ROMERA NAVARRO.—*El Hispanismo en Norteamérica*. 4 pesetas.

E. COTARELO Y MORI.—*Don Juan B. Diamante y sus comedias*. 1 peseta.

FERNAND VANDÉREM.—*Baudelaire et Sainte-Beuve*. Henri Leclerc. Paris. 5 fr.

ALFRED MORTIER.—*Dramaturgie de Paris*. Crès et Cie, Paris. 3 fr. 50.

HENRY NEWBOLT.—*A new study of English poetry*. Constable. 10s. 6d. net.

JOHN DRINKWATER.—*Prose papers*. E. Matthews. 6s. net.

DOROTHY SCARBOROUGH.—*The supernatural in modern english fiction*. Putnams. 10s. 6d. net.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.—*Violetas y Ortigas (Notas críticas)*. Prólogo de A. Hernández Catá. 4 pesetas.

F. GARCÍA GODOY.—*Americanismo literario*. 3,50 pesetas.

TEATRO

H. INSEN.—*Peer Gynt*. Trad. de Pedro Pelli-cena. 3,50 pesetas.

Imp. «Gráfica Excelsior», Campomanes, 6

(1) En esta sección se dará cuenta de aquellas obras de que se nos remiten dos ejemplares: y se analizará brevemente las de mayor interés. Se mencionará asimismo las más interesantes obras que se publiquen en el Extranjero.